

Gobierno de  La Rioja  
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



\*10000306900\*

**NO SE PRESTA**

**LECTURA EN**

**SALA**

T. 263344  
C. 306.900

# El Cuento Semanal

R  
6756

---

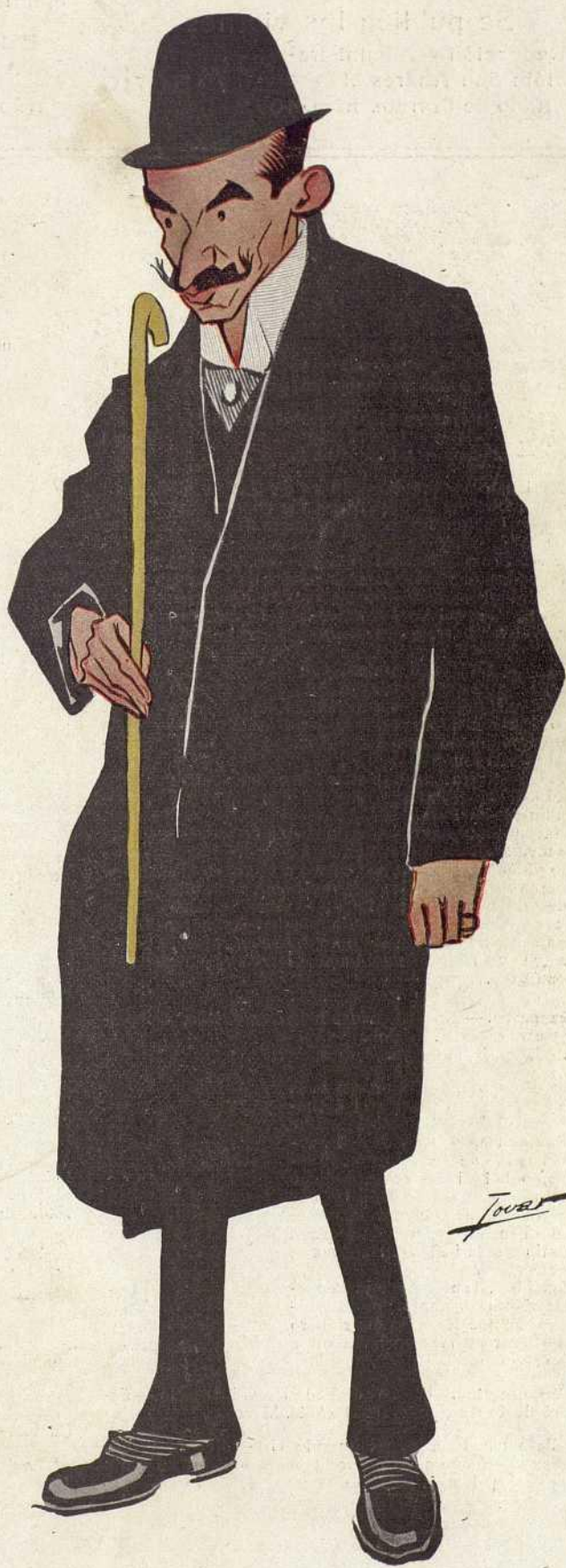
---

## AVENTURA

— NOVELA POR  
G. MARTÍNEZ SIE-  
RRA — ILUSTRA-  
CIONES DE Á. LO-  
ZANO ■■■■■■■■■■

---

---



*Lozano*

 **Gobierno de La Rioja**  
Educación, Cultura y Deporte  
Dirección General de Cultura  
Biblioteca de La Rioja

12.170.263

**30 Cént.**

# El Cuento Semanal

Se publica los viernes

Redacción y Administración: San Andrés 31 } Madrid  
Apartado de Correos núm. 409 }

AÑO I — 18 ENERO 1907 — N.º 3

Precios de suscripción:

Madrid y provincias: Trimestre 3,25 pesetas,  
Semestre 6 pesetas, Año 11.

Extranjero: Semestre 10 pesetas, año 18  
Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 30 céntimos



Hablaremos en esta Sección de los libros y revistas cuyos autores ó editores nos remitan dos ejemplares.

**La joven literatura hispanoamericana.** — Pequeña antología de prosistas y poetas, con un prólogo de Manuel Ugarte. — Librería Armand Colin, París.

Continuando el estudio del libro de Ugarte, citaremos á Leopoldo Díaz (de Buenos Aires). Su composición *El Anfora* es de las que forman un prestigio. La música de sus versos, luminosos y delicados, es cadenciosa y á ratos nostálgica. El ritmo suena con gallardías paganas y suaves...

El nombre de Pedro César Dominiel, que también figura en la antología entre los poetas venezolanos, nos es familiar. Su libro, exquisito y atormentado, *La voluptuosidad del dolor*, le sirvió de *regium exequatur* para con el público. Ha tenido la simpática audacia de desarrollar la acción de alguna de sus novelas en Atenas, y su justeza y erudito detallismo en la pintura escabrosa del pueblo inmortal, da un mentís á quien tilda á nuestra raza de desaplicada y frívola.

Los literatos filipinos tienen honrosa representación en la antología que nos ocupa con el malogrado Rizal y F. Michel de Champourcin.

En la pletórica mentalidad de Champourcin hay promiscuidad de escuelas. Sus dioses son Baudelaire y Jean Lorrain. Su pluma fácil y de frondoso léxico, un poco difusa, como troquelada en el periodismo, ama las dulces y mortecinas medias tintas de los decadentistas; habituada al discreto sedeno del *budoir*, nos cuenta á veces, con la exquisitez boulevardesa y cínica del *croniqueur*, adorables perversidades de nuestras pecadoras; á veces se desborda en feéricas opulencias de color, pintándonos las suntuosidades brillantes de una gran fiesta ó un rincón de regocijo popular, en que un chorro de sol ilumina la risa que resbala de boca en boca...

**Guerrero.** — Novela documentaria, estudiada, compulsada y escrita por E. Barriobero y Herrán. — Librería de Pueyo, Madrid.

En este libro, su autor refleja la lucha social entablada por el individuo contra el medio ambiente que siembra de tropezones y de melancolías el camino de los pequeños. El radicalismo de las ideas y el estilo lleno de soltura y desenfado son las dos características de esta novela, por la que desfilan, en grupos pintorescos, varios tipos madrileños retratados con gran exactitud.

Este libro, de un autor injustamente preterido hasta ahora, nos da la esperanza de que Eduardo Barriobero sabrá ofrecernos más adelante otros mucho mejores.

**Como la vida.** — Versos de Federico Gil Asensio. — Establecimiento tipográfico de Marqués, Madrid.

«Lleva usted razón, mi querido Gil — dice Alejandro Sawa en el prólogo que va al frente de la obra —, en reír á carcajadas desde algunas de las páginas de este libro. (Véase



E. Barriobero

la composición titulada *Con franqueza*, las *Quisicosas* y los *Epigramas*.) Morimos de tedio, nos consumimos de tristeza. Nuestra bandera es negra, como la de los desesperados que se batan por la vida.»

Un júbilo franco, un júbilo de juventud, ríe en todas las composiciones de Gil Asensio. A ratos, sin embargo, su alegría parece falsa y suena á hueco. Sawa lo advierte: «Muchas veces — dice — en el fondo de las exclamaciones líricas de usted hay una mueca.»

**La Lectura.** — Revista de Ciencias y Artes. — Número correspondiente á Diciembre, Madrid.

Esta publicación, que dirige el distinguido literato Francisco Acebal, inserta en su número último varios artículos notables. Un estudio de doña Emilia Pardo Bazán acerca de *Don Juan Valera*; unas páginas muy interesantes que el Marqués de Figueroa dedica al examen de la *Música popular en Galicia*; un trabajo, ricamente documentado, de L. Cubillo relativo á *El combate de Tsu-Shima desde el punto de vista ruso*; otro de Adolfo Posada, y varias notas bibliográficas de diferentes autores.

**Vibraciones.** — Por Pánfilo de Villaboba. — Establecimiento tipográfico de Enrique Teodoro, Madrid.

Este volumen, que autoriza el nombre de Pánfilo de Villaboba, y que acaso pudiera firmar también la distinguida poetisa cordobesa Pepita Vidal, lleva un prólogo de Juan Leiva, en el que se escudriña largamente el mérito del autor. «No hay un solo estado psicológico — dice el señor Leiva — que pase por alto su inteligencia cultísima, y todos ellos sabe reflejarlos en verso fácil, fluido y correcto...»

Nosotros, menos tolerantes que el prologuista, creemos que, desde que Pánfilo de Villaboba publicó este libro, de inexperiencia y juventud, hasta ahora, su musa, cada vez más robusta, ha sabido recorrer un hermoso camino. Su próxima obra nos dará la razón.



La falta de espacio y de tiempo nos impide hablar con más extensión de los siguientes libros, que también hemos recibido en estos días:

**Vidas que pasan.** — Por F. Muñoz Dueñas. — Librería de la Viuda de R. Ortega, Valencia.

Componen este libro diez y seis trabajos en prosa (crónicas y cuentos), escritos correctamente, y sobre los cuales el criterio sentimental de su autor ha vertido melancolía incurable.

**Teatro.** — Por Marcelino Domingo. — Tomo I. — Imprenta Querol, Tortosa.

Forman este volumen la comedia en tres actos y en prosa *Flores de almendro*, y otra en un acto titulada *Táctica nueva*.

**La coupletista.** — Comedia en un acto, original de Juan B. Ortí. — Barcelona, 1906.

**Montón de huesos.** — Novela de Felipe Pérez Capo. — La Enciclopedia Moderna, Pozuelo de Alarcón (Madrid).

El Sr. Pérez Capo, autor de muchas obras que fueron aplaudidas en el teatro, nos ofrece en este libro una novela muy interesante y muy bien escrita.

**Cachos de vida.** — Manojó de cuentos, por Ecequiel Cuevas. — Fortunato Arza, editor, Barcelona.

**Los tres mosqueteros,** por Alejandro Dumas (padre). Tomo I. — Biblioteca del Museo Criminal, Madrid.

# ≡≡≡ AVENTURA ≡≡≡

## PRELUDIO

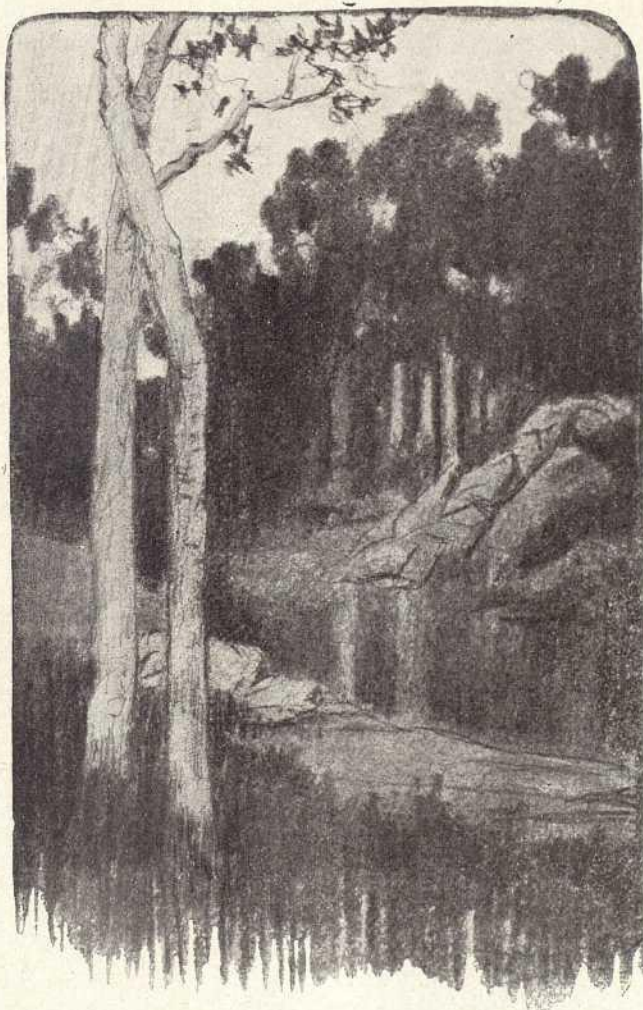
**H**ILA tu rueca, araña, que hace sol, que es verano; hilos de seda blanca, hilos de luz, tejed vuestra maraña en la zarza; hila tu

canción, fuente, hila tu canción, que el aire abraza, que la tierra quema, que es verano; hila tu cristal, que es verano; arroyo que cantas, arroyo que corres, arroyo que vas sobre el prado verde, bajo el cielo azul; hila tus trinos, ruisenior, que es verano; deja la noche, deja la luna, deja la dulce canción melancólica, sé alondra, sé alondra; y tú, alondra, refila tu cantar sobre los trigos bien tostados, sobre las amapolas, sobre el rojo pezón de las moras que tienen prisa por estar maduras. ¿Canta el río? Que cante el río, que canten sobre el río las mimbreras, que canten más allá de las mimbreras los chopos, y más allá los robles que trepan por la loma, y más allá los pinos, los pinos negros, los pinos azules, los pinos violetas sobre el monte, con su voz profunda, confidencial y amiga, ¡que canten!; y los maizales con su quedo incesante murmullo agiten sus plumeros de plata blanca; y la plata de sus hojas los álamos blancos, y los álamos negros digan con voz metálica su gozo, y canten codornices en los rastros, y cigarras en el polvo de los

caminos, y grillos en las eras. Porque es verano, porque la luz es buena, y el calor generoso, y el oro del sol es como vino de alegría; porque es

verano y salta la sangre y la carne palpita y el alma tiene gana de cantar, y de besar los labios. ¡Oh, el agua fresca sobre la carne blanca, los pies desnudos en los arroyos, en el río el ámbar y el rosa de los cuerpos jóvenes, y el chapoteo que suscitan las manos impacientes, y la espuma que salta y brilla al sol, y las risas locas, y las batallas de agua, y la perlería de palabras incoherentes! ¡Oh, el aire tibio sobre las frentes húmedas, sobre las cbelleras empapadas, sobre las manos un poco pálidas al salir del baño! ¡Oh, el dulce y misterioso sopor de la siesta! El portal encalado, los sillones de mimbre, los geráneos rojos junto a la cancela, la cortina de lona que se agita quedo, los ojos que se entonan

y siguen aquel rayo de luz donde baila el polvo de oro... ¿Y en el polvo de oro la trama de los sueños? No, no, la alegre trama de las historias reales, de la vida gozosa, del amor alegre, de los labios rojos, de la risa que está en la vida; porque es verano, porque las abejas zumban y trabajan, porque los girasoles cabecean, porque el romero tiene



flores azules, porque las adelfas balancean en el viento cálido su coral y su nieve, porque huele á tormenta, á tierra, á búcaro, y caen los chaparros sobre las parras, y en las hojas peludas de las higueras rebota el agua haciendo ruido, y luego sale el sol y el jardín ríe recién lavado y fresco, y ríen los niños que estaban guarecidos en los pórticos, y que ahora corren por las sendas buscando las frutas que se han caído; porque es verano, porque es la estación de oro, de luz, de rojo, de claveles y nardos y rosas de cien hojas; ¡hila tu rueca, araña; hila tu trino, alondra; arroyo, fuente, río, agua que corres, hila tu canción!

## Fragmentos de cartas

... Sí, amigo, una aventura. Esta tierra de Asturias, mi tierra, guardaba para mi vuelta de hijo pródigo, bajo la umbría de sus castaños, sobre la felpa de sus praderas, en la linfa misma parladora de uno de sus ríos entre juncos y helechos, ni más ni menos que una égloga. Una égloga más fresca que las de Garcilaso, con batalla de amor, con labios de guinda, con negros rizos sueltos sobre los blancos hombros, con fugitivos pies de Atalanta... Despierta Pan; la umbría céltica se dora un instante con el sol de Grecia; tañe la siringa, tú que eres poeta, y canta el dulce asunto que voy á contarte en versos que sepan á besos, á miel de abejas, á leche de blancas mitológicas cabras.

Es el caso... Empecemos la historia por el principio: tú sabes que una carta alarmante de mi padre me arrancó á nuestro amado Madrid aún no hace ocho días. «¿Por qué no vienes? Yo estoy muy viejo y estoy enfermo; tu madre no hace más que suspirar por ti; la casa está triste porque tú la olvidas; tres años sin venir por acá, y yo que no quiero morirme sin verte.» Vine; mi padre no está tan caduco como él se complace en afirmar; de enfermedad, ni asomos; el aire de este campo le ha curtido, y su vejez tiene algo de manzana arrugada, pero saludable, bajo la piel marchita; le encontré en el jardín á la sombra de su jipijapa, leyendo los descomulgados periódicos que son perdurable desesperación de mi madre, rezadora empedernida y absolutista á machamartillo.

Llegué, pues, á media tarde; cenamos bajo el bosque de avellanos con acompañamiento de una maravillosa puesta de sol, con música de frondas y desesperado piar de pájaros en ellas; doblados los manteles, llegó la hora del cotidiano rosario; rezóle mi madre con la servidumbre, criadas, mozos de cuadra y de labor; asociéme yo al rezo con silencio respetuoso; desplegó mi padre *El Motín*, y pareció absorberse en la más atenta de las lecturas; mi madre, mirándole, suspiraba pesadamente entre diez y diez.

Vino la noche, que no fué de luna, pero las estrellas centelleaban á más y mejor. Has de saber

que en casa tenemos una galería espaciosa, á la que hace cortina la verde ramazón de un heliotropo; sentados estábamos, no diré á su sombra, puesto que era de noche, ni á su amparo, puesto que la noche era tibia; sentados estábamos, digo, en la galería, junto al heliotropo, padres é hijo; el hijo, justo es confesarlo, un tanto melancólico; la obscuridad, recamada de estrellas, evocaba para mí resplandor de luz civilizada y eléctrica; el olor á vainilla de los heliotropos, olores entre gasas y sedas de elegantes perfumes femeniles; la música solemne de las ramas hacíame añorar otras músicas, acaso menos acordadas; pero ¡ay, Señor!... Tú sabes que yo adoro el verano en Madrid, y que este verano, nuestro Madrid estaba para mí singularmente adorable, por todo lo cual la paz idílica de la naturaleza, en vez de destilar sobre mi espíritu las mieles de apaciguamiento que tan pródigamente le atribuis vosotros, los poetas, me causaba cierta excitación rencorosa, cierta impaciencia malhumorada, un ansia de escaparme, de tomar el tren, de cambiar estas frondas profusas y lavadas por las polvorientas y escasas del Retiro, donde á estas horas...

— Muy pensativo estás — dijo mi madre.

La voz se levantó en el silencio con resonancia tan extraña, que todas mis imaginaciones se quebraron de pronto y desaparecieron.

— ¿No te gusta volver á la tierrina?

— Sí, sí; la tierrina es hermosa.

— Pero Madrid... — murmuró mi madre.

— Pero Madrid... — subrayó mi padre maliciosamente —. ¿Cuántos años tienes? — continuó.

— Treinta — suspiré yo con sincera melancolía.

— Treinta — dijo mi madre —; ¡parece imposible! Los mismos que tu padre cuando nos casamos.

— Justo; treinta años tenía yo cuando me casé.

El corazón me dió un salto de aviso; la conversación entraba en terreno alarmante.

Y por él siguió; fundándose en el triste argumento de los treinta, padre y madre intentaron demostrarme con toda su ladina dialéctica asturiana, que he llegado á la edad de la razón; que ya debo estar harto de locuras; que mi padre es viejo; que todo mi caudal está en el campo; que si quiero conservarle debo cuidarme de él; que la tierra, la implacable tierrina, me llama; que debo ponerme al frente de nuestra formidable explotación agrícola, y... ¡casarme! ¡Si hubieras oído cómo se echaron á reír todos los avellanos de la huerta!

— Vaya un viento fresco que se ha levantado de pronto — dijo mi madre.

Casarme, sí; tras habílidosisimos circunloquios, mi padre me dejó adivinar que hay ya una candidata á mi mano; dicen que se llama Marcela, que es muy joven, que es huérfana de madre, que su señor papá cuenta las onzas por celemines, onzas que acuña para él una flamante azucarera instalada





en un paláción viejo, á media legua de nuestra propia casa.

— Una rapaza cuca de veras — dice mi madre.

— Una real moza — susurraba mi padre, añadiendo con delectación pecaminosa detalles incendiarios.

— Limpia, más que el agua.

— Derecha, como un pino...

¡Señor, Señor! ¿Por qué en lugar de halagarme, cada nueva excelencia de la novia futura ponderada por los buenos señores, me ponía un humor de los demonios? Yo conozco de sobra las preferencias estético-femeninas de mi padre, y juzgando por sus ponderaciones, antojábaseme la bella una mozona de por acá, maciza y colorada, con ojazos de vaca dulces y mimosos, con crencha de lino, con aires de estatua un poco primitivos, fá-

cil de enamorar, cándida y mimosona; y á mí en las mujeres me gusta una leve, tenue artificialidad, una gracia frágil, un mucho de engolosinante resistencia, coquetería y hasta perversidad si quieres; la que ha de enamorarme y rendirme será delgada, morena, con ojos sabios, con boca reidora, vestida á la última, perfumada discretamente, sin asomo de puerilidad, pero bulliciosa, inquieta, y sobre todo inquietadora; aborrezco la calma en el amor; quiero poder sufrir muchas veces, aunque ella se ría de mi sufrimiento. . . En fin, en fin, yo pensaba en la bella Marcela, y el retrato que de su hermosura se obstinaba en pintarme la imaginación llegó á alterarme los nervios, de tal modo, que «mañana mismo me vuelvo á Madrid», dije para mi sayo irrevocablemente, y dejando con la palabra en la boca á mis asombrados progenitores,

pedí una luz y me marché á la cama. Mi madre vino á poco muy inquieta:

— ¿Estás malo, hijo mío? ¿Qué tienes?

— Nada, nada; sueño, cansancio, los nervios; déjame.

— Duerme, duermé — y arreglaba la ropa de la cama.

Mi madre tiene manos de niña, muy suaves, siempre frescas; recuerdo que de chiquitín no podía dormirme si ellas no me cerraban los ojos.

— Mamá, las manos.

Ella hizo el suave ademán familiar, sonriendo con íntimo gozo.

— ¡Chiquillo mío!

Y me quedé dormido.

Al despertar era media mañana y hacía sol; los pájaros alborotaban en el huerto; abiertas las ventanas, entró por ellas aire que olía á nardos y á hierba cortada; ¡qué gozo el gozo fresco de una mañana sobre el jardín! Tanta prisa me daba yo á sorber el aire, y tanta el corazón á latir, que se me llenaron los ojos de lágrimas, mientras se me venían á los labios atropelladamente todos los versos que me sé de memoria; en el corazón hay un nido de versos que salen á revuelo en estos instantes de gozo sin motivo, de feliz borrachera, de júbilo infundado y hondo, por la mañana; es extraño; sólo por la mañana se acuerda el alma de ser niña.

— ¡Pedro, Pedro! — tintineó una voz en el huerto.

— Mamá.

En el huerto, bajo los avellanos, la mesa puesta, el chocolate oliendo á gloria, los caracoles marfileños de la mantequilla, el pan dorado, la leche tibia. ¡Qué placer sin razón, qué felicidad de animalito recién nacido! Mi madre, de codos en la mesa, me miraba comer y sonreía. Yo me había olvidado de Marcela. ¡Ay de mí! Una moza salió de la cocina, llevando airoosamente la herrada en la cabeza; era rubia, era blanca, era rolliza y fresca; tenía los consabidos ojos mimosos y dulces, y la obsesión terrible se apoderó de mí, con tal violencia, que casi me dolía el corazón; seguramente me puse muy pálido.

— ¿Qué tienes, hijo? — preguntó alarmadísima mi madre.

Y yo, un tanto confuso, bajando los ojos hasta contar los hilos del mantel:

— Nada, mamá, que me marchó... — no me atreví á decir hoy mismo — que me marchó mañana.

— ¡Mañana! ¿Que te marchas?

— Sí, mamá; mira, no te enfades; yo por la carta... pues... creí que papá estaba enfermo, enfermo de veras, y me he venido á toda prisa dejando negocios, ¿sabes?, negocios.

— ¿Negocios en Madrid? ¿Y en Agosto?

— Sí, mamá; te aseguro que tengo que marcharme.

— Bien, niño, bien; pero ahora date una vueltecita por el pueblo ó por el campo, para hacer apetito; tu padre ha salido al amanecer; anda á buscarle.

Mi padre apareció en aquel momento; venía con la escopeta al hombro y el morral vacío. Ruidosamente nos saludó, abrazando á mi madre.

— ¡Ah, perezoso, madrileño corrompido, las nueve y en la cama! ¿Has desayunado? ¿Qué vas á hacer ahora?

— Ahora se marcha á dar un paseo. ¿No le acompaña tú?

— No, no; yo ya he hecho mi ejercicio y ahora tengo que leer la prensa.

Mi madre frunció el ceño.

— Sí, la prensa, la voz del progreso, mujer beatísima; *El Motín* viene bueno; has de saber que el parroquidermo de Villanueva...

— Calla, Nerón, calla. Anda, niño, anda á pasear. Ya sabes que á la una se come.

— A ver si te pierdes hacia la Fresneda; aquí á mano izquierda bajando el río. A Marcelita he visto esta mañana, fresca como una rosa; por cierto que el papá, muy finamente, al saber que has venido, nos ha convidado á comer para el sábado; yo le he dicho que irás tú solo, porque á nosotros, ya, como somos viejos, no nos sienta comer fuera de casa. ¡Buena suerte!

El jardín de mi casa está separado del huerto por una empalizada verde; en el huerto hay copudadas higueras y manzanos; hay coles de todos los matices del blanco, verde y púrpura; hay frondosos bancales de patatas; hay fresales donde roja la carne del fruto, que ahora empieza á madurar, y hay, perfilando los senderos, rosales con grandes flores amarillas; sobre la cerca baja, zarzas y espinas; un portillo abre á la carretera, y al otro lado de ella, una línea de chopos marca el río; la carretera es blanca, limpia, bien sombreada y rumorosa con la voz del agua que corre á su vera; en el horizonte las tres líneas de alturas de los soberbios montes asturianos se yerguen paralelas: verde la primera, profundamente violeta la segunda, azul y bruma la tercera, esfumándose en el brumoso azul del firmamento.

A mano derecha, subiendo el monte, eché á andar más que á paso, con bien poco deseo de encontrar á la bella; sin duda á estas horas — pensaba yo — se hallará atareada en domésticas faenas, desgredada, un poco sudorosa, encarnada como una fresa, tal, en una palabra, como es fama que le han gustado más de la cuenta al señor don Joaquín López de Ablán, mi ilustre padre.



Por aquí el valle es ancho; campos de remolacha tienden su verde tierno á la orilla del río. Pienso yo que estos campos que han de pertenecerme son razón esencial de mi proyectado noviazgo con la niña de la Fresneda; parece que ahora el papá de Marcela compra las remolachas á mi padre. ¡Cómo pían en los chopos los pájaros. Un mirlo hacía maravillosos solos de flauta; un poco de viento mecía las copas. La carretera se estrecha de pronto, adosándose á un recio peñón; el río



se angosta y profundiza; estamos en un cañón vestido de helechos; el río hace ruido y espuma; las vertientes se alzan más y más; por las grietas de la peña caen hilillos de agua; su frescura ha hecho brotar desde el río á la cumbre lozanísima vegetación: los chopos se escalonan en posiciones inverosímiles; los cipreses se yerguen majestuosamente como en un jardín; zarzas, helechos, musgos cubren el suelo. El río da un salto y sobre él paletean las ruedas de un molino, luego forma un remanso; el trajinar del agua ha gastado la roca, y ésta, molida en arena rubia, hace un suelo de playa como en el mar; pero playa escondida, umbrosa, fragante, guardada de miradas indiscretas por la recia muralla y la cortina verde.

Tú sabes la atracción extrema que el agua ejerce sobre mí; muchas veces, cuando en un jardín, en un paseo público, paso junto á una fuente, siento necesidad de echarme en el pilón rebosante, y si sobre el agua tranquila cae el agua inquieta de los surtidores, entonces el deseo se hace tan vehemente que me produce verdadero sufrimiento físico. Con la idea del agua, con su car-

ricia fresca, con su movilidad halagadora están para mí unidas las más sutiles, refinadas y turbadoras ideas de voluptuosidad; pero voluptuosidad limpia, joven, fresca, riente, ¡qué sé yo!; dentro del agua encuentro siempre brazos que me sostienen, voces que me cantan, transparencias ambarinas y nacárinas profundidades; yo sería el amante de todas las náyades y todas las ondinas; yo nado como un pez y me gusta alborotar la linfa quieta de los remansos, levantando con movimientos extravagantes la perlería rumorosa, quebrando el cristal en espuma y ruido. Sobre el remanso caía la cascada destrenzada por las paletas del molino; descé un baño: rápida, apasionadamente tiré al suelo el sombrero, tiré la americana; una risa de mujer me detuvo; detrás de la cortina de árboles había movimiento, ruido; alguien hablaba:

— Sí, señorita.

— No, señorita.

— ¡Qué rica debe estar el agual — dijo la misma voz que antes reía.

Una figura blanca atravesó corriendo la playa, se dibujó un instante en pie sobre un pedrusco; luego un golpe en el agua, un chapoteo vivo, mucha espuma, y surgiendo de ella una frente morena, unos ojos de luz, una madeja de húmedos rizos negros; gritos entrecortados de gozo; luego quietud. La náyade nadaba silenciosa; la umbría daba al aire tibio calor de estufa; entre el ramaje se filtraban algunos rayos de sol que venían á clavar sus saetas de oro sobre el cuerpo ceñido, por indiscreto lienzo blanco: cara al cielo la náyade cerró los ojos, la negra madeja de rizos flotaba en el agua pesadamente, las manos, con pereza, jugaban á aprisionar el agua, abriéndose y cerrándose, los pies se movían, menudos y blancos, en retozos pueriles; recuerdo el rojo intenso de los labios sobre el rostro empalidecido por la luz verdosa. ¡Qué calor en las venas!, ¡qué sed de besos en los labios! Si no me tiré al río, créelo, fué porque la náyade se dispuso á salir de las aguas tan bulliciosamente como había entrado; incomparables remolinos de espuma hacían fiesta para su cuerpo; se irguió, tomó carrera dentro del río, saltó sobre las guijas redondas de la orilla, cayó á la playa; pero allí — ¡pásmate, timorato y dulcísimo poeta! — mis brazos abiertos la recibieron, ¡sí, mis brazos! Y cómo se retorció entre ellos el cuerpo blanco y joven; cómo palpitaba el corazón lleno de susto bajo mi mano; con qué fiereza me asaeteaban los ojos negros. Era valiente la mujercita, valiente y admirable; se defendía sin dar un grito, y mientras mi boca buscó y halló la suya de guinda, una de sus manos, rompiendo la prisión de la mía, clavó en mi cara las uñas de acero, y entonces, ¡oh, fortaleza varonil!, yo fuí el que di un grito y el que afojé los brazos, y ella escapó, mientras yo sentía cómo mejilla abajo iba cayendo, cayendo la sangre; mi Atalanta saltó de nuevo al agua, corrió sobre unas pasaderas de piedra y se entró en el molino como un rayo; una criada salió de entre las matas dando voces y siguió á la heldad fugitiva; á mí se me rompió en el pecho, no sé si el corazón ó la vida. ¡Qué garganta, amigo; qué ámbar y rosa; qué frescura de carne y qué perfume á gloria! Yo no tenía idea de lo trastornadoramente que huele una mujer cuando sale del río, y una mujer como ella!... Los labios fríos con sabor á fruta; los dientes aún más fríos



bajo los labios, — la muy fiera quería morderme á toda costa, — las pestañas de sombra aleteando sobre el fuego indignado de los ojos. A todo esto, la sangre corría de los tres formidables arañazos que me hicieran sus uñas infames; hube de lavarme en

el río, hube de recoger mi americana, hube de secarme sentadito al sol, porque la empapada madeja de rizos se me había enroscado como mala sierpe. . . , y sentado aún á la vera del agua, salió ella del molino ya vestida, seguida de la moza y el

molinero. Llevaba aire de reina ofendida, muy de punta en blanco, muy seria bajo una pomposísima sombrilla roja; me vió, sin duda, porque pasó á mi lado, pero no se dignó mirarme; es alta, grácil; llevaba elegantísimos zapatos bordados de azabache, medias de seda, desbordantes y espumosos revuelos de encaje; el molinero iba armado de un tremendo garrote...

Y esta es la historia dulce y sabrosa de la sinrazón, el por qué del gozo con que he renunciado por ahora á mi vuelta á Madrid; no he vuelto á ver á mi beldad morena, y eso que voy al río mañana y tarde; mañana y tarde me baño en el remanso, junto á la destrenzada catarata, bajo la umbría de chopos y cipreses; por discreción, por timidez, si quieres, no me he atrevido á hacer indagaciones, é ignoro todavía quién puede ser ella. Me ha entrado un regionalismo tremendo; amo á Asturias sobre todas las cosas, y declaro que no hay en el mundo rincón de tierra comparable á este rincón de paraiso. Cree, poeta, que estoy irremediabilmente enamorado. Mañana voy á Fresneda; la rubia Marcellita ha perdido el pleito.

Queridísima: Mi aventura ha tenido una segunda parte no menos imprevista y estúpida que la aventura misma. No he vuelto al río, como ya puedes figurarte: virtuosamente me baño en el jardín de mi casa, y aun esto protegida — además del toldo de la parra — por un tenderete de sábanas que es lo que hay que ver: el sol les da por fuera, por dentro la sombra verde de la parra; y así, cuando, metida en el agua, alzo los ojos, consigo olvidar que estoy aprisionada en una prosaica bañadera de cinc, y al amparo de la decoración fantástica pienso que vivo dentro de un farol japonés, y sueño, con los ojos á medio cerrar, aventuras de maravillosos desenlaces.

Aventuras, sí: desde que me ha sucedido una real y efectiva me gusta más que nunca imaginar otras imposibles; y lo más curioso del caso es que siempre mezclo en las peripecias de las soñadas elementos de la sucedida. ¿Cuáles elementos? Vergüenza me debiera dar decirlo, pero no me da, y confieso con el descaro impenitente que, según tú, me caracteriza, que en el número de ellos se cuentan como esencialísimos los ojos azules del osado mancebo abrazador, unos rizos rubios muy cucos sobre la frente retostada, un cierto calor muy agradable entre el cosquilleo de un bigote retostado también, un talle apuesto, como dicen en las novelas; un sutil perfume de ropa muy limpia y agua de verbena. ¡No pongas esos ojos escanda-

lizados! Ya sabemos, virtuosísima, que á tí también te gusta soñar; pero tú sueñas con marqueses Luis XIV vestidos de seda y terciopelo. ¿Será menos virtuoso mi sueño porque el héroe, mi contemporáneo, se presenta en mangas de camisa? Te advierto que la suya era blanca, finísima, requetebién planchada y hecha en Madrid, no cabe duda.

¿Que cómo en el espacio breve de un abrazo brevísimo y á brazo partido pude enterarme tan al detalle? De algo me ha de servir mi experiencia de ama de casa. Para Navidad cumplo veinte años: ¡veinte años ya, Carlótica mía! La primavera se va á toda prisa; entro en el verano del vivir. Adiós, violetas; adiós, suspiros; adiós, sue-

ños vagos color de rosa: los míos por ahora son azules y rubios, color de ojos y color de rizos... Bien; por este camino de oro y azul la fantasía se desmanda un poco y llega á conclusiones un tanto atrevidas, cuyo comentario dejo para nuestra primera entrevista, porque hay cosas que no se pueden decir más que entre risa y risa, y el papel no se ríe. ¡Qué aborrecible papel! Mire usted que estar contenta, contenta, contenta, tener gana de risa y encontrarse de frente con esta caraza blanca que no dice ni gozo ni pena. ¡Una carta es una cosa estúpida, antipática, necia! Las cosas más divertidas ó más sentimentales del mundo se escriben en papel y ¡cataplún!, tontas de remate. Por eso no me gustan á mí las novelas que escriben otros, sino las que yo pienso: esas sí que tienen color de rosa y cara de risa, y hasta lágrimas de cuando en cuando. ¿Lágrimas? Sí. En mi bañadera, bajo mi sombrilla verde, escuchando la música bucólica — ¿se dice bucólica para decir muy aburrida? — de un moscardón que

se había colado entre las pámpanas, he llorado de veras esta mañana. ¿De pena? ¿De gusto? De rabia, hija mía, ni más ni menos; de rabia expiatoria por haberme reído demasiado: sí, Carlota de mi corazón. La segunda parte de mi historia es un triste capítulo de risa; escúchale, riete conmigo y compadécete de mí.

Empecemos *ab initio*, como dice mi hermano Joselito, que desde que, merced á tus desdenes, se ha decidido á estudiar para cura, hasta la sopa nos pide en latín. *Ab initio* quiere decir aquí la hora fatal. No puedes figurarte con qué empaque salí del molino: ni le miré; pero le vi sentado al sol, secándose. ¡Carlota! Cuando pasé á su lado dió un suspiro; no me siguió, naturalmente. De vuelta á casa entróme una alegría un poco extravagante; comí por siete; á la tarde hice diplomáticas indagaciones; nadie sabía del rubio forastero. La Fresneda es un lugar solitario é imposable; los



fresnos, charla que te charlarás, no dicen nunca nada de lo que uno quiere saber: el arroyo en las piedras, los pájaros en las ramas, el viento en la veleta, todos hablan á más y mejor, y ninguno conmigo; mi padre, ni conmigo ni con nadie: ¿cómo hará los negocios el pobre señor? A Joselito tampoco le entiendo desde que estudia á Horacio; además, dicen que soy muy frívola y desdeña mi conversación. Resumen; tuve que contentarme con mis propios recursos y me puse á tocar al piano valeses y polkas. Mi canario, oyéndome, se volvía loco á cantar. Yo quise hacerle el dúo y pasamos la tarde en pleno concierto.

Oí cerrarse una tras otra las tres ventanas del despacho de mi papaito; luego las dos del cuarto de mi sabio hermano. Estaba sola con mi música. ¿Sabes tú algo más agradable que hacer mucho ruido? En no sé qué comedia creo que dicen: «mi alma como un cascabel.» A mí también se me figura muchas veces que tengo el alma como un cascabel, un cascabel que baja por una pendiente, de prisa, de prisa, de prisa, y sonando, sonando, y que de golpe se cae en el agua, y que el agua se le mete dentro y suena como en un caracol de los del mar. Yo tengo dos caracoles de mar, grandes, grandes, dorados por fuera y de rosa por dentro. ¡Qué bien suenan! Hacen un ruido que parece que viene de muy lejos, un ruido de alma del otro mundo, que unas veces da ganas de reír y otras de llorar. Divagaciones; basta.

Anochecido me asomé al balcón: te perdono la descripción del paisaje, puesto que te le sabes de memoria; hacía calor; todo estaba quieto y callado; de pronto... ¡no tengas miedo, que no viene el galán!; de pronto rompió á cantar un cuco. ¿Quién resiste á la tentación pícaro? Conjuro al canto: — ¿Cuántos años faltan para la mi boda? — ¿Sabes cuántas veces cantó el maldito? ¡Cincuenta y ocho! ¡Lástima de tiro! Cerré el balcón de golpe; bajé á cenar; no probé bocado. Papá me dijo: «El sábado tendremos gente á almorzar.» Me encerré en mi cuarto; empecé mi tocado nocturno melancólicamente; al pulirme las uñas me volvió el buen humor. ¡Qué encarnada tenía la sangre el muy ogro! ¡Encarnada y caliente! Te aseguro que arañé á conciencia, ¡no faltaba más! En la defensa del pudor toda fiereza es poca. Lucrecia sería *mi tipo* si hubiese recurrido al puñal un poquito antes. Me dormí; no soñé; desperté con el sol, porque tengo la buena costumbre de dejar las ventanas



abiertas, y... ¿Para qué seguir? Dos días sin otra distracción que paseos á campo traviesa en todas direcciones; pero, ¡ay!, sin consecuencias; el bueno del galán no parecía por ninguna parte. Pienso que se ha pasado el tiempo á la orilla del río, esperando mi reaparición. ¡Con qué lógica discurren los hombres!

Amaneció el sábado; amaneció triste, presagando males: los fresnos estaban muy arropaditos en la niebla; el sol hacía carantoñas; yo, en conferencia con la cocinera, disponía el *menú* del almuerzo.

— ¿Quién es el convidado, señorita?

— No sé; algún comerciante amigo de papá. Ponga usted mucha carne.

— ¡Marcela! — gritó entonces la voz de mi padre.

Corrí al despacho. En el despacho estaba Joselito con cara grave. Mi padre con la cara de siempre.

— ¿Qué quieres, papaito?

— Siéntate.

Me senté. Pausa de comedia. Joselito miraba al techo; mi padre al suelo: luego los dos se dedicaron á mirarme á mí con insistencia más que molesta, y mi padre preguntó á quemarropa:

— ¿Tienes novio, Marcela?

Yo le miré llena de asombro.

— ¿Novio?

— Sí, novio; responde la verdad.

Yo di un suspiro.

— ¡Ay, no, papaito!

Tan compungido debí ser mi acento, que mi padre, mi impasible padre, estuvo á punto de echarse á reír. Otra pausa no menos larga y no menos grave.

— Y vamos á ver, ¿á ti te gustaría casarte?

— ¿Ahora?

— Ahora ó luego.

— Según con quién, papá.

Mi padre miró á Joselito. Joselito sonrió mefistofélicamente. Me eché á temblar. ¡Dios de mi corazón! — pensé —, este padre de mis pecados se ha tomado el trabajo de buscarme marido con la ayuda de mi clásico hermano. ¡Socorro! ¡Socorro! ¿Quién será el desdichado? Es decir, la desdichada seré yo. ¿Qué futuro habrán desenterrado para mí entre los latines del hijo y las remolachas del padre? De seguro es viejo; de seguro me hace el amor en exámetros; de seguro es feo. Imposible, imposible. Me puse en pie, y con voz decidida, con gesto trágico:

— No, papaito, no quiero casarme — dije, y



me dispuse á abandonar el campo. Mi padre me detuvo cariñosamente.

- Vamos, Marcela, ten formalidad.
- He dicho que no.
- Piensa. . .
- Que no quiero casarme con un viejo.
- Pero si no es viejo.
- ¿No es viejo?

Me detuve.

- ¿Cuántos años tiene?
- Qué sé yo; de veintiocho á treinta.
- ¿Es buen mozo?
- ¿Es buen mozo? ¿Es elegante?
- Oye, tú, Joselito, ¿es elegante?
- Creo que sí — refunfuñó mi hermano.
- ¿Es alto? ¿Es rubio?
- Ay, hija mía, no te puedo decir á punto

fijo.

— ¿Es que no le conoces? — pregunté indignada.

— ¡Pues no faltaba más! Le conozco, pero hace mucho tiempo que no le he visto.

— Acabemos — dije yo de no muy buen humor —; ¿cómo se llama?

Mi padre sonrió beatíficamente.

- Se llama Pedro López de Ablán.
- ¿Perico Ablán, el hijo de doña Teresita?
- El mismo.
- Pero si está en Madrid.
- Ha vuelto.

¡Ay, Carlota! Y dicen que el corazón avisa. El mío en esta coyuntura se ha portado como un grandísimo traidor.

- ¡Pero si dicen que es un calavera!
- Tú le harás un santo.
- Pero, papá. . .
- Pero, Marcela. . .
- ¿Y si no me gusta?
- Pronto lo sabremos.
- ¿Cómo?
- Perico Ablán almuerza con nosotros.
- ¡¡Eh!!

Oyóse el galopar de un caballo, que paró á nuestra puerta.

— Ahí le tienes.

En efecto, sonaron voces en el zaguán, pasos á lo largo del corredor; una voz de buen timbre pidió la venia para entrar; se abrió la puerta y. . . ¡era él, Carlota, él, el del río! Bajé los ojos, adelantóse el pretendiente, tomóle mi padre de la mano.

— Marcela, hija mía, tengo el gusto de presentarte. . .

Levanté la cabeza: jamás he visto cara de asombro como la de aquel hombre. Se me quedó mirando, mirando, mirando, y al mirarle yo á él, y al recordar la escena, y al verle en la mejilla la victoriosa marca de mis uñas, roja, firme, fresca todavía, Carlota de mi alma, no pude contenerme. Me entró una formidable tentación de risa y empecé á reír, á reír como una loca, como una histerica, dando gritos, ahogándome, casi retorciéndome. Reír, reír, reír.

Mi padre me miraba estupefacto; el galán no sabía dónde meterse; Joselito acudió á sostenerme, porque yo me caía, me caía de risa. ¡Reír, reír, reír!

Echada en un sillón, sentía ansias de muerte;

los ojos se me llenaban de lágrimas; y seguía riéndome. Al cabo, mi padre, perdiendo la paciencia, me cogió de un brazo, abrió la puerta, me plantó en el pasillo. Yo quería hablar, dar explicaciones. ¡Imposible! Aquella risa era cosa del diablo. Riendo y arrastrándome subí la escalera, entré en mi cuarto, me tiré en el sofá. . . Pasado un momento sentí ruido en la puerta de la calle, luego el trote de un caballo; me acerqué al balcón, levanté los visillos, miré; el galán se iba corriendo á más no poder. ¡Ay, Carlota mía, si vieras qué guapo, pero qué guapo es! ¡Y cómo le brillaban los ojos y hasta le temblaban un poco los labios cuando me estaba oyendo reír! ¿Sería de susto? ¿Sería de rabia?

Pasó el ataque, me miré al espejo; estaba descompuesta como si hubiese pasado noches en vela: los ojos encarnados, la cara marchita, ojeras negras como cardenales. ¡Al agua, al agua! Mi farol japonés estaba esperándome: allí, corazón, he llorado las lágrimas que antes te dije. Mi padre me ha dicho que estoy loca; Joselito no se digna mirarme: hemos comido en un silencio aterrador. ¡Pobres primos los de mi cocinera! El convidado ha huído, y yo pregunto románticamente: ¿Habrá huído con él mi felicidad? No, no, Carlota, no debe ser posible, porque, á pesar de todo, tengo todavía unas feroces ganas de reír. «El corazón — nos decía la madre Catalina — es un músculo hueco.» ¿Con qué voy á llenar yo el mío si Perico Ablán, asustado por mi recibimiento, se marcha, como las golondrinas del poeta, para no volver? ¿Volverá? ¿No volverá? Aquí me tienes, hecha una Gretchen rubia, deshojando agoreras margaritas. ¿Si acertará el cuco, Carlota? ¡Cincuenta y ocho años en espera! La vida es un enigma, dirás tú; yo digo: dicen que la esfinge se reía de la vida y de los enigmas, ¡ríamos!

## Intermezzo

¡San Roque bendito! La gaita plañe, el esquilón volteja; en el corro, la gente moza baila la danza prima y canta; en la bolera, los hombres lucen las camisas blanquísimas, los pañuelos de seda de gayos colores, y derriban bolos adoptando actitudes que evocan viejos mármoles clásicos. ¡San Roque bendito! Las mujeres, acurrucadas, tienen delante los cestos repletos de mercancía. ¡La dulcera! ¡A perrina, á perrona! Toda la fauna del país de los cuentos de hadas: perros de caramelo, toros de azúcar, ovejas de dulce, pasta rosa con collarines de labrado almidón. ¡A perrina, á perrona! Meringues, almendrados, bizcotelas. ¡San Roque bendito! Las ablanas frescas, las peras maduras, las manzanas como caras de novia, blancas y coloradas, ¡Por tres perrinas, doce! Y las ciruelas llenas de miel y vestidas de púrpura profunda. ¡San Roque bendito! Donde la gaita plañe, el barrilón de sidra sienta su panza; tiene una bandera clavada á lo alto, como fortaleza gloriosa; frente á frente — fortaleza enemiga — el barril de cerveza muestra arrogante su redondez, y el cristal va y viene, lleno de espuma dulce, de espuma amarga, y las lenguas se hacen picoterías, y los ojos relucen y las mejillas echan fuego; vengan las almendras tostadas, las ablanas redondas que dan sed. ¡Toca, gaitero, que



en blanco y rosa al bailar que tienes enfrente; mueve las manos, desmaya los brazos, inclina el rostro pícaro, trenza el ingenuo, fresco, bucólico compás; no hagas caso á la gaita, que llora lejos; oye sólo el cantar de tu misma voz, que es alegre, que es nuevo, que es mimoso como tu corazón. ¡San Roque bendito! La iglesia huele á gloria; el santo bendito sonríe en las andas; rézale, chiquilla, en tu habla suave; rézale, galán; oye cómo le rezan las campanas, que son corazones de bronce; las campanas rezan con el són; las hojas de menta que están en el suelo, rezan porque bien huelen; rézale tú, porque bien amas, corazón alegre, boca parladora. ¡San Roque bendito! Mira cómo anochece. ¿Dónde está el sol? Se durmió el sol, finó la romería; sendero adelante vamos á casa; sendero adelante la luna refulge sobre el maizal; el aire se queja, las ramas suspiran; lejos se oye la flauta del sapo; cerca, cerca, sobre tus labios rojos, una dulce palabra: ¡San Roque bendito!

### Más fragmentos de cartas

... No puedes figurarte el encanto de estas romerías de mi tierra; para comprender su poesía peculiar, es preciso estar saturado de

es San Roque bendito, que es la gran romería; toca, gaitero! Los ayes de tu gaita, ¡ay de mí!, ¡ay de mí!, son como el cielo de mi tierra, ayes de sol velados en dulce niebla matutina; son como el suave césped de mis praderas! gaita, ¡ay de mí!, como el cantar que viene de lejos, á la tardecita, ¡canta, gaita, llora, sueña de amores!

Si la nieve resbala por el sendero,  
¡ay, mi amor!

Si la nieve resbala,  
¿qué haré yo?

¡San Roque bendito! Mira cómo agitan el aire y la danza los pañuelos blancos sobre los rizos rubios; las niñas de mi tierra son como palomas; pañuelo blanco, alas; corazón mimoso, pico arrullador; danza, chiquilla, y abre los rojos labios y ríe

la frescura de este campo y de la luz tan suave de este cielo; es preciso saber escuchar los latidos del corazón del pueblo de Asturias, tan socarrón y tan pueril, tan profundo y tan niño. Yo, tú, casi todos los que como tú y yo tenemos cierta pretensión de refinamiento espiritual, aborrecemos en Castilla las fiestas populares, y no es extraño: quien dice fiesta popular, dice por ahí polvo, olor á fritanga, chulapería, vino, hembras bravías, palabras soeces, amor mal oliente y alegría trasnochadora; las romerías de mi tierra no son una fiesta, son un brote del suelo, una espontánea flor de poesía que suena á gaita, que huele bien, que es fragante á la luz del sol y á la sombra de las frondas buenas; las rapazas, mis paisanas, llevan todas pañuelos de seda blanca en la cabeza y bailan sus danzas primitivas sobre la hierba fresca y silenciosa, junto á la ermita, lleno el corazón de una inconsciente alegría bucólica. La Naturaleza tiene en su imperio algo de mujer, contra quien no valen re-

beldías; llegas á ella desamorado, desdeñoso, hostil, y ella sonríe y no dice nada; la desdeñas, la insultas, ella sigue imponiéndote la paz augusta de su silencio; te empeñas en no amarla, en tenerla en poco; ella es hermosa, es hermosa, es hermosa, es silenciosa, y vence. Y eres suyo . . . , soy suyo, soy de esta verde, afelpada, fragante, hermosa tierra mía. Soy de su quietud, soy de su gozo, de su gozo de madre y de novia, de su paz de moza, porque los árboles, con su tenue vaivén, dan la ilusión del suave movimiento de una cuna, mejor de unos brazos, y los ojos se cierran, y el rostro busca como para esconderse la blandura tibia de un regazo de madre, y á cuna nos sabe la tierra, á madre y á regazo de madre la novia; frescura de unas manos sobre los ojos, dulzura de leche en los labios; y en los oídos... ¿Es ruido del aire en las hojas? ¿Es canción del agua en el río? ¿Es palabra de amor? Todo es cantar de madre que duerme al niño.

Dices que te interesa mi cuento de amor ó el cuento de mi amor; si es así, perdóname en honor suyo estas divagaciones de que él tiene la culpa. Tú que eres tan psicólogo como poeta, sácame de una duda. ¿El gozo de la Naturaleza predispone al amor de la mujer, ó es el amor de la mujer el que hace encontrar gozo en la contemplación de la Naturaleza? Yo, por ahora, soy un bravo amador de la tierra, bravísimamente enamorado.

Esta carta es infame de incoherencia; perdón. Empecé hablándote de romerías; todo tiene en el mundo explicación lógica; San Roque es el patrón de mi pueblo; en la romería de San Roque bendito la he vuelto á ver. ¡La he vuelto á ver!

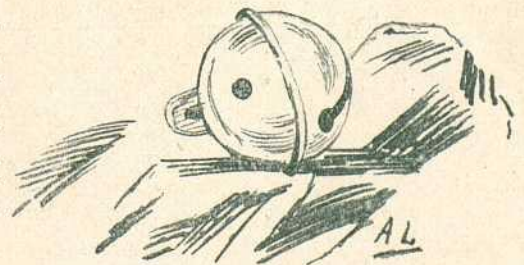
Ya sabes que salí de su casa furioso ó poco menos. ¡Vaya una risa intempestiva y necia!, iba pensando mientras mi caballo corría sendas, saltaba las cercas, arrancaba chispas de los pedernales. ¡Habrás visto sierpe como ella! ¡Mire usted que el caso es digno de risa! Y espoleaba el pobre jaco, que ya no sabía dónde ir á parar. Corriendo, corriendo, dimos en un prado de lo más apacible que puedas figurarte; verde recién nacido, un arroyo en la linde, una pila de álamos junto al arroyo; y sobre prado, arroyo y árboles, un silencio maravilloso y una luz meridiana que eran todo un poema de paz; mi caballo harto de galopar, tontamente, se paró en seco; yo, sin saber lo que me hacía, eché pie á tierra, repitiendo en voz alta y airada: ¡mire usted que el caso es digno de risa!

Y de pronto, como si el sonido de mi propia voz me despertase de un mal sueño, me di cuenta de que, en efecto, el caso era digno, más que digno, dignísimo de risa, de toda aquella risa incomparable, loca, destrenzada, deshecha, convulsiva, con que Marcela le solemnizó; ¡claro que sí! Marcela, la que pensé rubia y es morena, la que yo imaginé rolliza y zafia y es delgada y coqueta, la que yo me obstiné en creer sumisa y mimosona y es ama-

zona brava que cobra en sangre un beso robado; Marcela, elegantísima, alegre y bien templada para la cruel y sutil batalla de la vida, hizo bien en reirse al mirar á su fauno del río convertido en vulgar pretendiente á su mano, ella pensó sin duda, á sus onzas de oro; al verle con la ridícula cara de desconcierto que yo debí poner al herirme de frente la saeta de sus ojos burlescos, que tan clavados llevaba en el alma. ¡Ay, qué requeteguapísima estaba riéndose! Se apretaba á veces la cara con las manos, y las carcajadas desbordaban entre sus dedos como entre las piedras del río el agua; de los ojos alegres le saltaban las lágrimas, y la boca, queriéndose cerrar, hacía unos mohines que no esperaban más que otros labios para ser besos. Sí, el necio, el rematadamente necio fui yo — continuaba mi monólogo —; yo, que debí acudir á sostenerla cuando su cuerpo se rindió al empuje de aquel desbordamiento soberano de gozo; yo, que debí cerrarle los labios con mi boca; yo, que debí beberme aquella risa y dar con ella á mi corazón alimento de gozo para siempre; yo, que ¡ay de mí!, sandio, desconcertado y herido de amor propio, dejé la dulce carga al zafio de su hermano Joselito, que no vió el momento de soltarla; yo, que

consentí que el adusto señor de la Fresneda arrojase á la hermosa del cuarto como á chiquilla mal criada; yo, que pude tomar en són de queja aquel divino júbilo; yo, que he abandonado el campo, ¿cobarde?, no, villanamente.

Y ahora, ¿cómo volver? Esta pregunta, ¿cómo volver? he estado haciéndomela tres días seguidos. So f i s m a s, disquisiciones, quintas-esencias jesuíticas, todo ha sido puesto á contribución por mi infeliz ca-



letre, sin que hallase yo, á pesar de tan poderosos auxilios, medio de resolver la dificultad. ¿Cómo hallarme de nuevo á tiro de sus ojos gitanos? San Roque bendito lo ha resuelto por mí. ¡Bendito San Roque! Me he de arruinar en cera para un ex voto.

Decíamos... que volví á mi casa después de anochecer; que pretexté una intolerable jaqueca para meterme en la cama en seguida; que pasé la noche consagrado á la amarga tarea de llamarme á mí mismo necio, mal caballero, loco, indigno de toda buena ventura; que mi madre se asustó horriblemente al ver por la mañana la ropa hecha jirones; que me anegó en tila y agua de azahar. ¡Ay, Marcelita, cómo te hubieras reído de mí! Que me levante, que estuve de un humor de los demonios; que al día siguiente continuó tan dulce estado; que al otro, es decir, ayer, advertí al levantarme movimiento desusado en la casa; que vi á mi madre con traje de seda, mantilla de blonda, rosario de filigrana en la muñeca y Eucologio con tapas de concha en la mano, que me dijo: «Hoy es San Roque, niño, ¿no vienes á misa?» Que no fui á misa; que comí en displicente silencio, á pesar de todos los primores que en honor del santo y en honor mío vinieron á la mesa; que comiendo, alguien habló de la romería; que á la tardecita sentí sonar la gaita, ¡ay de mí! que mi corazón rompió á bailar desafortadamente; que me puse hecho un brazo de mar, y que de dos saltos me planté en la ermita.

La ermita de San Roque está cobijada por un castaño, pero bien cerca hay una esplanada cubierta de césped, que es real de la feria, salón de baile, juego de bolos, chigre al aire libre; allí la devoción se hace ruidosa, y mientras el santo descansa á la sombra de los castaños en su iglesia pequeña, que evoca ideas de templo pagano, en la esplanada se canta, se baila, se bebe, se ama, se juega; cuando llegué apresurado y palpitante como á una cita, la fiesta estaba en su mejor momento; el baile animado, la venta en alza, la bolera llena, la gaita gimiendo.

Miré ávidamente. ¿Has observado tú el efecto extraño que produce una reunión numerosa de gentes cuando aún no está entre ellas la persona que deseamos encontrar? Es como un cuadro que sólo tuviese fondo, como un tapiz del cual se hubiese borrado la figura de príncipe ó de dama que debiera ocupar el primer término, y en que sólo quedasen los secundarios personajes del séquito, como un escrito en cifra y sin clave, como un són de palabras en lengua desconocida. No es pena aquello que se siente al mirar tantos rostros y no encontrar el *único*, es una especie de estupor, de imposibilidad de comprender; aquellos grupos no componen, aquellos movimientos no tienen ley, aquellos sonos carecen de sentido, en aquellos rostros falta la expresión; hasta el aire parece que se queda inmóvil, y el cielo indiferente, y el tiempo como que se ha parado á esperar con nuestra esperanza; ¡es extraño! ¡Qué fuerza de dominación tiene el espíritu! ¡y cómo es siempre rey, y cómo obliga siempre á todo lo creado á servir de trono, de pedestal, de fondo, de cascabel, de accesorio para quien ha elegido por dueño! ¿Egoísmo? Sí, sí; en la vida siempre estamos solos y siempre somos únicos.

Digo que miré ávidamente y que no la vi; entré

en la iglesia; estaba obscura y fresca, oliendo á juncias, menta y sin fin de fragantes hierbajos que formaban alfombra en el suelo; en sus andas, rodeado de cirios y flores, sonreía San Roque; no puedes figurarte santo más bonachón; ante la beatífica condescendencia de su sonrisa danganas de pedirle las mayores extravagancias; toda idea mística, toda exaltación religiosa se desvanecen en presencia de

aquel figurón que, sombrero á la espalda, recoge con ademán meliflúo los pliegues de la ropa talar para mostrar la bien pintada llaga; ante aquel perro con el pan en la boca. Sentí impulsos de echarme á reír, y pensé que Marcela de seguro se habría reído; á todo esto, unas mujerucas muy viejas y muy negras peregrinaban de rodillas capilla adelante, comiéndose al santo con ojos estáticos; y avergonzándome, ante su fe robusta, de la disposición irreverente de mi espíritu, salí del templo y volví á escudriñar, buscando entre la rumorosa concurrencia. Aún no había venido; y digo *aún*, porque estaba seguro de que vendría; hecho el deseo seguridad, mi alma se complacía esperándola; me senté en un poyito junto á la iglesia; pacientemente, como un chicuelo, me di á la tarea de cascar avellanas con una piedra, y mientras las partía, iba diciéndome á mí mismo: vendrá, no cabe duda, por aquella sendita, entre los chopos; vendrá, traerá su aire de reina, muy seria, muy grave, vestida de blanco de pies á cabeza... de blanco, sí. Y tan embebecido estaba esperándola, y tanta impaciencia sentía porque llegase, que la vi llegar... y no la conocí. Verdad es que venía vestida de rojo, de rojo insolente, gozoso, estallante como una carcajada... y elegantísima. ¿Dónde había aprendido á vestirse esta endemoniada lugareña?

Venía con su padre, con Joselito, con un indiano viejo y replanchado, de los del jipijapa y la corbata de hule, y con otro indianete de los de ahora, joven, feo, antipático, todos en animada charla; ella risueña, bulliciosa, feliz. ¡Feliz! Veá usted, pensaba yo; no me quiere, no me querrá nunca. Es feliz. ¿Qué falta le hace querer á nadie? Claro está, las mujeres, en cuanto saben que son



bonitas, en llevando encima un trapo elegante, no necesitan más; ya puede uno matarse por ellas...; tan contentas, con tantas ganas de risa y de bulli-cio; ¡qué insolente, pero qué insoportablemente insolente es la felicidad de una mujer cuando no tiene una nada que ver en ella! ¿Por qué se ríe? Vamos á ver, ¿por qué se ríe y por qué se ha puesto este vestido rojo?

Al vestido rojo le daba el sol y el pícaro color se reía como ella de mí, ni más ni menos; porque en cuanto puso el pie en la esplanada me vió; se lo conocí en una chispa burlona que se encen-



dió en sus ojos; me vió, pero no quiso mirarme. Tiré las avellanas, tiré la piedra con que las partía, me puse en pie, empecé á pasear furiosamente; ella, seguida de su corte, iba de puesto en puesto; ellos ferriaban para ella avellanas y dulces; ella los recogía en el pañuelo atado por las puntas como las aldeanas; yo escuchaba el sonar de su charla, pero no entendía las palabras; entró en la capilla; se persignó muy seria; se arrodilló devotamente; ¿qué le pidió al santo de palo? salió mordisqueando una hojita de menta que había recogido del suelo; se paró á hablar con unas mujerucas; besó á un chiquillo; cuando ella se marchó, llamé yo al nene, le compré rosquillas, le di otro beso; creo que entonces ella me miró de reojo, y creo que me puse más encarnado que su falda; ¡qué cosas hace un hombre bajo la doble maléfica influencia de los ojos negros de una mujer y de la susodicha alegría bucólica!

Cuando levanté la cabeza, pasado el sofoco, estaba la muy fiera bebiendo una copita de sidra que el indianete feo sostenía con la más reventante oficiosidad; soñé con el gozo de tirar una piedra y romperle el cristal entre las manos, y, ¡oh, coincidencia nunca bien celebrada!, Marcela hizo un brusco movimiento, la copa se escapó de manos del galán, cayó al suelo, se rompió en mil pedazos, ¡sentí una alegría tan loca! ¡Ay, corazón, siempre chiquillo y siempre mal criado! Marcela, ¿cómo no?, se rió del lance; luego tuvo una idea diabólica. Iba cayendo la tarde, poeta; el aire se impregnaba de pálida y majestuosa serenidad; el

sol se hundía más allá de los chopos, haciendo á su ramaje un fondo de oro pálido; un estremecimiento violeta temblaba en lo alto sobre el campanario, sobre los montes; los sonidos se afinaban, adquiriendo vibraciones de lejanía y de misterio; ¡cómo lloraba la gaita!, ¡cómo sonaba el cantar de las mozas! El aleteo de los pañuelos blancos se trocó en algo significativo y simbólico... Entonces Marcela quebró la paz y la blancura del corro danzante con el alarido rojo de su vestimenta, plantóse fieramente, alzó los brazos, irguió el cuerpo gallardo, inclinó la cabeza, me miró como nunca, hizo una seña al indianete feo... y rompió á bailar, ¡á bailar con él!, la danza prima, la danza simbólica, la santa, la amorosa, la dulcísima danza de mi tierra. ¡No, no, no! Bailaba como un ángel con ojos de diablo. ¡Y yo lo consentía! De un salto me planté en el corro; pero ella, dando media vuelta, esquivó mi encuentro y siguió bailando. Yo atropellé á un mozón, que tomó el caso á broma, y me cedió su puesto. ¡Anda, el señoritín — dijo una bailadora —, que se viene con las aldeanas!, ¡baila, baile! ¡Qué remedio! bailé. A la media vuelta levanté la vista, miré á mi pareja: era alta como un roble, recia, rubia, colorada como una manzana, fea como el pecado mortal.

... El hombre, Carlota de mi corazón, es un bicho raro, un sér incomprendible y al mismo tiempo transparente, una ventana abierta sobre un paisaje maravilloso, pero de noche ciega; una especie de conejo de Indias que la Providencia tiene la amabilidad de regalarnos á las mujeres para que ensayemos en él los sueros más ó menos venenosos de pasiones, caprichos, voluntades, nobles resoluciones, inicuas bajezas. ¿Crees tú á un hombre capaz de sentir algo ni bueno ni malo, si una mujer no se propone que lo sienta?

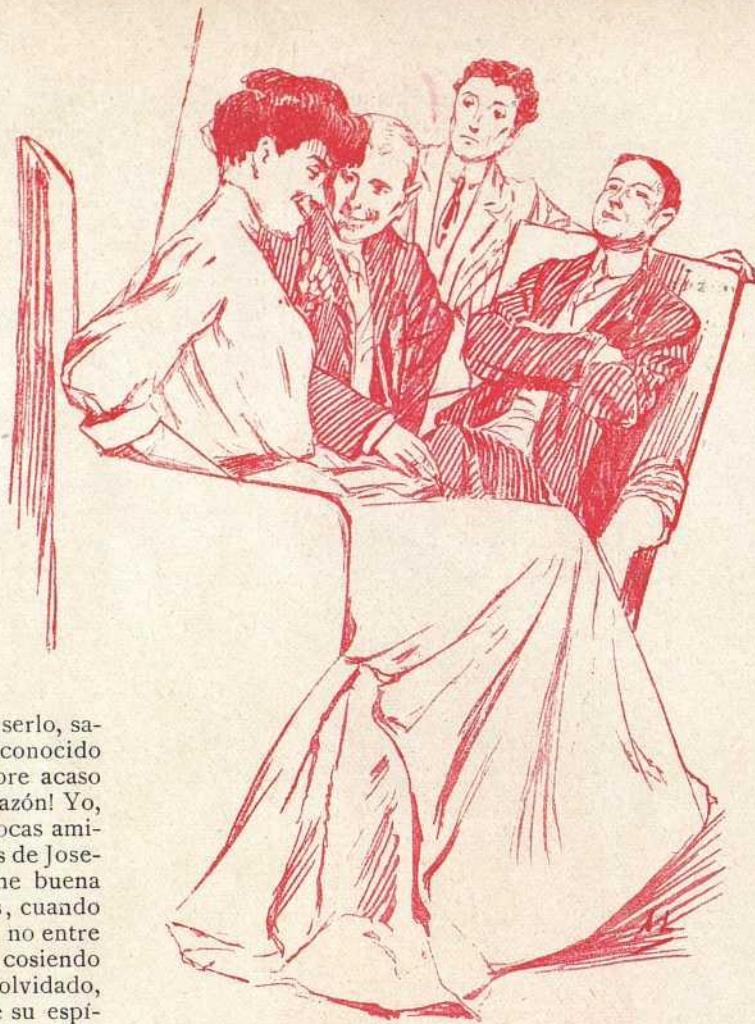
Toda esta filosofía incongruente y contradictoria me la ha inspirado, además de la lectura atenta de los clásicos, la cara lamentable y compungida con que Perico Ablán estaba esperándome ayer tarde en la romería de San Roque. Esperándome, sí. ¡Qué salto me dió el corazón al verle sentadito en uno de los bancos de la ermita partiendo avellanas! Figúrate que, por una de esas componendas cabalísticas que hace el corazón con la suerte, había yo decidido irrevocablemente esta mañana: si va á la romería, me quiere; si no va, es que se ha vuelto á Madrid. El destino jugado á cara ó cruz; tanto miedo me daba la alternativa que cuando llegó la hora de ir á la ermita decidí de pronto quedarme en casa; pero inmediatamente, avergonzada de mi cobardía, revoqué la imprudente decisión, y valerosamente me eché á la calle. Iba con mi padre, con Joselito, con don Luis el indiano, con su hijo Teodoro, un chico *smart* que estudia Filosofía en Oviedo y va para poeta satírico y para enamorado de esta tu humilde servidora; tan numerosa compañía me puso contenta. ¿Verdad que es uno de los placeres exquisitos que tiene la condición de mujer este de ser única del sexo en un grupo de hombres? ¡Qué bien compone siempre una ella entre varios ellos! Es preciso ser muy fea ó muy necia para perder las refinadísimas ventajas de la situación. Los hombres, que uno á uno pueden llegar á ser insoportables, en grupo son siem-

pre encantadores; cuantos más, mejor; cada uno pone su partecita de galantería; como son muchos tocan á poco y cumplen maravillosamente; sin duda, el atractivo de la diversidad les obliga á tratarnos muy bien, no precisamente porque seamos mujer, sino porque no somos hombre. Y luego la vanidad interviene; todos, no sé si sabiéndolo ó no sabiéndolo, aspiran á desempeñar entre los demás el papel de *más íntimo*, merced á lo cual surge en la relación con cada uno de ellos cierto encanto de camaradería un poco sentimental; las palabras indiferentes se dicen con entonación cariñosa; pero la *publicidad* aparta todo empalago de amerengamiento; el amor no parece por ninguna parte, y el trato se impregna de una ironía suave que lleva dentro algo de cariño. No sé qué aguijón excita el ingenio de los así agrupados, y entonces se dicen las mejores ideas con las palabras más oportunas, y la mujer que sabe serlo, saborea con el regocijo más íntimo el desconocido homenaje; ¡el entendimiento de un hombre acaso vale más, y es dón más noble que su corazón! Yo, como me he educado sin madre, tengo pocas amigas y muchos amigos: los de mi padre, los de Josecito que, á pesar de su misticismo, tiene buena mano para amistades; y no pocas veces, cuando unos ú otros se reúnen en casa, me estoy, no entre ellos, sino en un rinconcito, leyendo ó cosiendo mientras charlan; ellos creen que me han olvidado, pero yo estoy allí, y para mí es la flor de su espíritu, tanto que pocas veces deja de venir á buscarme una sonrisa después de una brillante paradoja ó de una buena sentencia grave. Creo que la que no sabe representar su papel bullicioso ó silencioso de amable amiga, no es digna de su nombre de mujer. A mí me sucede muchas veces que no sé qué decir á otras mujeres; en las visitas de señoras me acometen insuperables accesos de timidez ó de tedio; nunca me ha faltado qué decir á los hombres, ni me he aburrido oyéndoles hablar,

aunque hablen de negocios ó de filosofías que yo no entiendo por completo. Me gusta la compañía de mi padre, porque me quiere más que á su vida; y la de Josecito, porque me llama loca y se dejaría matar por mí; y la de los amigos viejos, porque soy para ellos la niña; y la de los jóvenes, porque son mis iguales y contrarios, y alma con alma, palabra con palabra, siempre saltan al choque chispas que brillan bien; y la de los casi niños, porque me consideran como

persona ya formal y me tienen cariño respetuoso; y todos me cuentan sus cuitas, y me hablan de sus novias, y me aprietan la mano con efusión simpática, y de Pascuas á Ramos me alaban el traje, me llaman bonita y me regalan dulces y flores. ¿Coquetaría, dirás tú? Sí; pero suprema obligación femenina, digo yo.

Después de todo, y á pesar de todo, ¡qué bueno es ser mujer! Y á todo esto, ¿dónde íbamos de historia? Íbamos en que mi don Juan, es decir, mi don Pedro, me estaba esperando en la romería, en que yo llegué muy contenta, en que le miré pensando que vendría á saludarnos, y en que no vino. No vino, ¿era rencor aún fresco?, ¿era desconcierto?, ¿era indiferencia? ¡Cuando te digo que los hombres son una charada sin solución! ¡Quién fuera él! — pensaba yo —; con llegarse á nosotros, con saludar tan finamente, con enterarse entre bromas y veras de si yo estaba ya repuesta de mi ataque de nervios — ya que ataque de nervios ha sido oficialmente mi arrebató de risa —, quedaba resuelto el conflicto, salvada la aspereza de la situación, airoso él, yo un poquito humillada; pues no, señor, no vino. Lo mejor del caso es que el muy inocente se me estaba comiendo con los ojos, y que mi señor padre se le comía á él; porque no puedes figurarte lo muy clavadas en el corazón que el buen señor tenía las remolachas de los López de Ablán; parece que mi boda con el niño sería un negocio redondo. Mi papaíto no es capaz de guar-





darme rencor por nada de este mundo, pero ¡qué suspiros *in mente* le venía arrancando desde la hora fatal el recuerdo de lo que él llama mi descortesía! ¿Qué hacer? La tarde pasaba y la ocasión con ella; yo hice, como puedes suponer, toda clase de extravagancias: charlé, me refí, bebí sidra, ¡nada!; entré en la iglesia, le recé á San Roque, le recé al perro, ¡nada!, no se acercó ni á darme agua bendita; visto lo cual se me ocurrió la magnífica idea de bailar la danza con mi filósofo. Entonces sí que á poco ocurre algo: Perico Ablán de un salto se plantó en el corro. ¡Qué susto me llevé tan delicioso! Pensé en *El Niño de la bola*, soñé un abrazo trágico, un desmayo romántico, ... ¡tampoco!; el muy infeliz se puso á bailar con la más fea, ¡y qué mal bailaba! Yo estaba furiosa, me da-

ban ganas de volverle á arañar, de llamarle bandido, de llorar, de morderle. ¡Necio, necio, necio! Empezaron á tocar las campanas; San Roque y su perro vinieron en mi ayuda, porque, ¡Carlota mía!, en aquel momento tuve una inspiración sublime de sencillez y de eficacia, ¿no la adivinas? Colguéme del brazo de mi padre y empecé á pasear con él, hablándole de cosas suyas y mías; de pronto pregunté con voz indiferente:

— ¿No es Perico Ablán aquel que está en la puerta de la ermita?

— Perico Ablán es — respondió mi padre sobresaltado.

— ¿Por qué no le saludas? — dije yo. ¡Qué cara de gusto se le puso á mi viejo!

— ¿Tú crees...? — empezó á interrogar, lleno de dulce asombro.

— Claro que sí. El nos está mirando y no se atreve á acercarse por... por lo de marras.

— ¡Qué loca estás, Marcela!

— Sí, papá, ya lo sé. Mira cómo nos mira. Saludale, anda.

— ¿Me prometes no hacer ninguna de las tuyas?

— Prometido.

Pasábamos junto á la ermita. ¡Qué ojazos me clavó el desdichado! Mi padre se quitó el sombrero, yo saludé con un ademán y con media sonrisa; con media, porque no tuve tiempo de completarla, tan rápida, tan vertiginosamente, debería decir, se plantó el galán frente á nosotros, sombrero en mano, colorado como un pimiento, atropellando con la más deliciosa y precipitada confusión no sé cuántos saludos incoherentes. Mi padre le dió dos palmaditas en el hombro; yo le alargué la mano. ¡Qué modo de apretar, Carlota de mi alma! Se me clavaron todas las sortijas.

— ¿Hace mucho que ha venido usted á la ermita? — pregunté yo —. No le habíamos visto hasta ahora. Mi padre, ¡pobre hombre!, me miró estupefacto.

— Estoy aquí desde antes que llegaran ustedes.

— Bien, bien — respondí yo, haciéndome la muy enfadada —. ¿De modo que no quería usted saludarnos?

— Es que... yo pensaba... creía...

El muy infeliz iba á echarlo todo á perder: afortunadamente llegó Joselito, llegó don Luis, llegó mi filósofo. Se hicieron las presentaciones, hubo un poco de charla general; con todo lo cual, él recobró su aplomo y se atrevió á mirarme cara á cara; yo afronté la mirada con la más sonriente amabilidad; él repitió el mirar, yo la sonrisa; se hizo un silencio bastante peligroso.

— ¡Qué locas están las campanas! — dije, por decir algo.

— Como tú — respondió Joselito.

— ¡Gracias á Dios! — exclamé yo.

— ¿Da usted gracias á Dios por estar loca? — preguntó gravemente mi filósofo.

— Sí.

— Tiene razón Marcela... — dijo él.

¡Marcela! Con qué voz tan extraña dijo mi nombre. A mí me sonó á cosa nueva, como si hasta entonces nunca me hubiese nombrado nadie.

— Tiene razón — continuó —; esa es la dulce misión de las mujeres, sembrar en el mundo la



alegría de su locura, hacer sonar su risa para llenar de gozo los corazones.

— ¿Verdad que sí? Quien no sabe reírse es porque tiene el alma negra. ¡Viva la risa!

— ¡Viva! Y vámonos á casa, que ya es tarde...

— ¿Tan pronto?

— Ya anochece.

Había anochecido, en efecto. Mi recién rescatado adorador puso la cara un poco triste; luego se le ocurrió que podía y debía acompañarnos; mi padre vino en ello complacidísimo; mi filósofo creo que debió enfurrñarse, porque cogió del brazo á Joselito y empezó á discutir á Santo Tomás; mi padre se enfrascó en una conversación azucarera con su amigo el indiano; y así el destino nos dejó frente á frente en la alameda, caminando bajo la luna en la noche tibia, llena de ruidos y de silencios, de luz blanca y de sombras medrosas, como en los cuentos, como en la vida. Apresuramos un poco el paso. No decíamos nada. A mí me divertía ver nuestras sombras largas, largas, largas, delante de nosotros. Volvimos un recodo del camino; las sombras se achicaron poco á poco, luego se quedaron atrás y nos iban siguiendo;

do; yo me volví á mirarlas y di un grito, porque no había nadie. Mi padre, Joselito, don Luis, el filósofo, todos habían desaparecido.

— ¿Qué pasa?

— Que hemos equivocado el camino; estamos solos— dije con voz un poco temblorosa.

— ¿Tiene usted miedo? — preguntó él con un tono que me hizo pensar que el verdadero aterrado era él.

— ¡Miedo!

¡Quién dijo miedo! Se oía entre los árboles un ruidito manso.

— ¡Cómo suena el río! — dijo mi galán.

¡Qué palabra: el río! Al oírla me volvieron al cuerpo la alegría y al alma la serenidad, ni más ni menos que si el tal río fuese, como ocurre en las mitologías, mi padre y protector. Vengan enamorados, vengan noches románticas y soledades peligrosas; mientras la corriente, cantando, diga: «Yo estoy aquí», bien acompañados estamos.

— ¡El río! — repetí con toda calma, y aún creo que con un poquito de sorna, inevitable, te lo juro, porque la evocación risueña de todo lo pasado, del agua clara, del sol de mediodía, de los ojos azules y relampagueantes me había puesto el corazón de fiesta —; ¡el río!

Ya ves tú qué elocuencia; dos palabras y una admiración bien leve; sin embargo, debieron producir efecto de discurso, porque el cuitado que las escuchaba puso— ó mucho me engañó la luz de la luna — una cara de lo más conmovida que puedas figurarte; á fuerza de emoción, los ojos azules casi se le habían convertido en negros. Quédeme mirándole, naturalmente; ya que la emoción es contagiosa, conmovíme también con no menos naturalidad; atarugóseme, como en las novelas, un nudo en la garganta; sentí unos dulcísísimos deseos de echarme á llorar; pero la voz del río vino á recordarme mis deberes de altivez femenina... y me eché á reír. Al oír mi risa — que verdaderamente sonaba en la noche de un modo que á mí misma me llenó de asombro —, el de Ablau me cogió las manos y empezó á decirme fervorosamente:

— Gracias, gracias, gracias.

Quédeme mirándole, tan embargada por el asombro, que no se me ocurrió apartar las manos de las suyas; cuando me di cuenta de la incorrección era un poco tarde para remediarla, y además estaba el pobre muchacho en lo mejor de su apasionado discurso y me pareció crueldad cortar el

hilo de su elocuencia con un movimiento descortés. . . é inútil. Hablaba, ¡qué sé yo!; de rocío para el corazón y de cristal de risa sobre no sé qué prados y no sé qué flores. . .; de mí, del agua, del amor, de los sueños; en resumen, todas las dulces mentiras de rigor, más fragantes que nunca por ser de noche, por ser verano, por oírse á lo lejos el canto de las gentes que volvían de la ermita á la aldea. Luego, como las bellas palabras suelen ser preludeo de las nobles acciones. . . , figúrate, para fin de cuento, la escena inicial, el comienzo de la buena aventura, un poco modificado, ya que por esta vez náyadé y fauno estábamos de acuerdo. En resumen; pasado un breve instante... delicioso... , tuve que ponerme seria, porque parece que á mi señor don Pedro el ruidito del agua le inspiraba de un modo maravilloso; ¡quién lo pensara! Muy seria, sí; pero sospecho que hasta mi seriedad hubiera servido de muy poco á no sonar oportunamente la voz de mi padre, que gritaba con un algo de angustia:

— ¡Marcela! ¡Marcela! ¿Dónde estás?

Y aquí acaba la historia, Carlota mía. Ahora es también de noche; también se ha levantado un poco de viento, que mueve las ramas de los fresnos; también entre los árboles se oye cantar al cuco; pero por mí, ¡que cante!

## Serenata

¡Que cante el cuco! La noche es de verano, apasionada y blanca. ¡Que cante el cuco!, porque su voz es agorera, penetrante; por su garganta da la hora el reloj del diablo; suena lejos y se oye cerca, en el corazón. ¿Quién es el cuco? ¿Existe el cuco? La voz metálica, ¿es canto de ave, ó es acaso una flauta que tañe en la noche algún redivivo amador de Pan? Flauta, siringa, voz, ¿qué dices en la copa del ciprés negro, bajo el cielo profundo, donde están las estrellas parpadeando un comentario irónico sobre todo el encanto sentimental de la sombra? ¿Qué dices, cuco? Nadie lo sabe; pero los corazones en flor lo adivinan; las eternas preguntadoras quieren interrogar al Destino en el azar de tu canción; y pronuncian, parándose á escucharte, la pregunta tremenda. Miénteles, cuco; miénteles, flauta; siringa de amor, repíteles la mentira grata; voz de la noche, ven junto al corazón de las dulces amigas, ven conmigo, ayúdame á decirles: Todo lo que soñáis es cierto; todo el jardín de vuestro espíritu está florido

en blanco. Y no les digas que son sus flores flores de ensueño, colores de ilusión, fuegos de luz sobre burbujas de agua. ¡Que cante el cuco! En su voz está el cuento de hadas, todos los cuentos de hadas: el del rey y la niña, el del pastor y la princesa, el del pájaro verde y la reina mora, el de las tres toronjas de oro, el del agua que canta y el pájaro que habla, el del anillo que se cayó en la fuente.

¡Canta, cuco! Quiero una voz junto al oído que me diga los cuentos cuando voy á dormirme para soñar con hadas y pájaros y fuentes, y para que en mi sueño viva su ilusión. ¡El ruiseñor paca corazones; el alma paca cuentos; las bocas pacen besos, y todo es amor! Que sea tu voz, cuco, la que desgrane para mí una á una las mentiras buenas, las que nos dijo la madre en la cuna, las que están en los labios de la novia. ¡Que cante el cuco! ¿Quién responde á la voz agorera? ¿Qué suena en la noche? ¿Es el agua del río? ¿Es el cristal de la cascada? ¿Es la perlería del surtidor? Es la garganta de la novia que se está riendo. La noche es tibia, apasionada y blanca; si el cielo está en paz, si el viento

acaricia, si en las frondas hay voces eólicas, si la luna juega al escondite, si las estrellas guiñan malicias á los luceros, si canta el cuco, si el amor llega, ¿por qué no ha de reír la enamorada? Lejos las lágrimas románticas. Romántica es la risa; cuando ríe la boca va el corazón más de prisa que nunca, hecho reloj de gozo, y los labios rojos de sangre se entreabren ofreciendo el licor de la vida, y en el pecho aletean las palomas, alborotando el nido, y aletean los párpados sobre la lumbre de los ojos como las estrellas y los luceros. Ríe la novia; como la noche está callada, los trinos de su risa se destrenzan en espirales limpias que van subiendo, subiendo, subiendo: ya están en la luna, ya están en los luceros, ya estremecen la paz y el silencio del caminito de Santiago, ya llueven estrellas, porque la novia se ha reído. ¿Dónde van á caer las estrellas que corren? Los sabios lo ignoran; pero las niñas de mi tierra saben más que los sabios y dicen: «Cuando



se mira correr una estrella, si el corazón desea, la buena suerte dice que sí, y el deseo se cumple. Es Agosto, amor, y las estrellas corren; ven conmigo á miraras y á soñar deseos para que nuestra suerte diga que sí. Alma, despierta; alma, pregunta; alma, sueña mentiras alegres; alma, di tu canción de serenata limpia, fresca, pacífica, riñete, de hora de gozo, de noche de luna; el río pasa;

las ramas se mueven; el viento cuenta; el silencio habla; el tiempo se duerme; la mariposa despierta los aromas de los juncos rozándose con alas de terciopelo; la luz blanca se baña en el remanso; pasa un buho volando quedo; se oye un trino romántico en la copa de un fresno; el amor va llegando... ¡Que ría la novia! ¡Que cante el cucu!

*J. Martinez Sierra*

FIN



# El Cuento Semanal

PUBLICA EN SU NÚMERO PRÓXIMO

LA CITA

NOVELA

por Eduardo Zamacois

## El Cuento Semanal

Números publicados

### 1.º DESENCANTO

NOVELA  
de

Jacinto Octavio Picón

Ilustraciones  
de  
ANDRADE



### 2.º LA SONRISA DE GIOCCONDA

Bocetos de comedia  
por

Jacinto Benavente

Ilustraciones  
de  
ESTEVAN



Obras de G. MARTÍNEZ SIERRA

El Poema del Trabajo, Prosas. 1898.  
Diálogos fantásticos, Madrid, 1899.  
Flores de escarcha, Versos. 1900.  
Almas ausentes, Novela corta. 1900.  
Horas de sol, Novela corta.  
Pascua florida, Novela corta. 1902.  
Sol de la tarde, Novelas cortas. 1904.  
La humilde verdad, Novela. 1904.  
Teatro de ensueño, Madrid, 1905.  
Hamlet y el cuerpo de Sarah Bernhardt. Poema en prosa. Madrid, 1905.  
La tristeza del Quijote, Ensayo. 1905.  
Motivos, Crítica lírica. París, 1906.  
Tú eres la paz, Novela. 1906.  
Traumbilder, Traducción alemana de Olga Lichtensteus Dresde, 1906.

EN PREPARACIÓN

Jardín ensoleillé, Traducción francesa de Pauline Garnier.  
La feria de Neuilly, Sensaciones frías de París.  
Aldea ilusoria.



## Nuestro Concurso

En uno de los próximos números, fijaremos las bases del *Concurso* que pensamos abrir para premiar la mejor

Obra de Arte

sea novela ó comedia, que se presente; y el nombre de los señores que han de componer el Jurado.

Premio ofrecido: 500 ptas.



## El Cuento Semanal : REVISTA: ILUSTRADA

Publica en cada número una novela inédita y completa.

### COLABORADORES:

Acebal (Francisco), Alvarez Quintero (S. y J.), Azorín, Baroja (Pío), Barrantes (Pedro), Barriobero (Eduardo), Bello (Luis), Benavente (Jacinto), Blasco Ibáñez (Vicente), Bueno (Manuel), Carrere (Emilio), *Colombine*, Cuenca (C. L. de), Dicenta (Joaquín), Ferrándiz (José), Francés (José), Francos Rodríguez, Gabaldón (Luis), Galiardo (Antonio), Garrido (Antonio), Gómez Carrillo (Enrique), Hernández-Catá, Hoyos (Julio de), H. del Villar, Larrubiera (Alejandro), López Ballesteros (Luis), López Pinillos (José), Marquina (Eduardo), Martínez Sierra (G.), Mata (Pedro), Nervo (Amado), Octavio Picón (Jacinto), Ortega Munilla (José), Palomero (Antonio), Pardo Bazán (Emilia), Pérez Galdós (Benito), Pérez Zúñiga (Juan), Ramírez-Angel, Répide (Pedro de), Rubén Darío, Rueda (Salvador), Ruñol (Santiago), Sawa (Alejandro y Miguel), Sellés (Eugenio), Soriano (Rodrigo), Trigo (Felipe), Unamuno (Miguel), Valle Inclán (Ramón), Vicente (Alfredo), Villaespesa (Francisco), Villanueva (Francisco), Zamacois (Eduardo), Zeda, Zozaya (Antonio), etc.

Ilustraciones en color.

## Consultorio Grafológico Grachtner

La **Grafología**, ó ciencia que estudia el carácter de los individuos por la forma de su letra, constituye actualmente una de las ramas más interesantes de la antropología y de la psiquiatría. ¿Quieres saber el carácter, vicios, pasiones, amores, historia, porvenir probable, etc., de un individuo? **Procura conocer su letra.** César Lombroso, Tarde, Crépieux, R. de Salberg y otros sabios, lo han reconocido así.

En obsequio á nuestros lectores y también con objeto de divulgar esta ciencia, cuyas **aplicaciones prácticas** son incalculables, abrimos una **Consulta grafológica**, de cuya redacción queda encargado el doctor **Grachtner**.

Los curiosos que deseen preguntar algo ó quieran recibir un *retrato de su espíritu*, deberán enviarnos una carta (cuanto más larga mejor), escrita en papel sin rayar, á vuela pluma, sin preocupación, de modo que la letra tenga su verdadera forma. La **rúbrica** es indispensable.

Cuantas consultas se nos dirijan seran contestadas en el periódico á la semana siguiente de recibidas. Cada carta deberá ir acompañada de *dos cupones* del mismo número.

Para consultas de índole reservada, dirigirse al doctor **Grachtner**, bajo sobre certificado.

### == Respuestas ==

**Un curioso de la Grafología.** — Antes de responder á las tres preguntas que se ha servido usted hacerme, puedo anticipar á usted que quien se firma con el pseudónimo que encabeza estas líneas es un hombre muy inteligente é instruido. Los rasgos principales de su carácter son: gran imaginación; espíritu hábil y delicado; muy poco expansivo, y aun eso para con los extraños. Temperamento muy nervioso. Lucha continua entre los impulsos del corazón y la razón. Voluntad humilde y persistente, que se vigoriza exclusivamente con la constancia del esfuerzo. Sin ver su rúbrica me es imposible detallar otros repliegues de su espíritu.

**El varón caído.** — Las escasas líneas que usted me envía son insuficientes para reflejar bien su carácter. Sin embargo, puedo hacer un ligerísimo bosquejo del mismo. Usted es impaciente y con su poco de filosófica pereza; tiene usted el culto del recuerdo, por lo que deduzco debe usted de sentir aficiones de coleccionista. Facultades bastante equilibradas. Buen gusto en cuestiones de arte. Mucho orgullo. Voluntad poco tenaz.

**F. M.** — Espiritu bastante cultivado. Mucha lógica en el discurrir. Afición á discutir. Voluntad poco firme, con intervalos de testarudez, que de poco ó nada le sirven. Expansivo sólo con los de fuera de casa. Conciencia ancha; desordenado; conciencia del deber; impresionabilidad, de la que reacciona fácilmente. Cansancio. Temperamento sanguíneo.

**Eduardo González.** — Imaginación muy desarrollada. Carácter encerrado en sí mismo; hábil para disimular perfectamente sus impresiones. Muy prudente en negocios, y grandes aptitudes para el comercio, al que debe dedicarse, si es que actualmente no se dedica.

Su escritura revela, además, lo siguiente: poco satisfecho de su situación actual; deseo de adquirir; desconfianza. Voluntad débil, dada á los arrebatos repentinos. Temperamento vigoroso y sensual. Corazón excelente y generoso, dentro de los límites de la prudencia. Usted posee grandes aptitudes para triunfar en las profesiones del comercio.

**Jesús.** — Carácter dominante; corazón apasionado; im-

presionabilidad que trata de corregirse, pero sin resultado. Mucha lealtad y franqueza, simultaneada con no sé qué dejo de prudente reserva; satisfacción de sí mismo, sin que pueda llegar á calificarse de orgullo; en la lucha cotidiana predomina siempre el corazón sobre los mandatos del razonar. Inteligencia clara y cultivada; poca lógica. Cierta leve desequilibrio en sus facultades, facilísimo de corregir con un poco de calma y de reposo.

**Renée.** — Usted se queja de que en las respuestas de este consultorio rara vez se ven los defectos de los escritores. Los defectos, desgraciadamente, abundan, y yo no los oculto. Lo que hay es que la Grafología es una ciencia toda amabilidad y corrección, y por ello, para leer los defectos — que yo deslizo con la mayor habilidad posible — hay que saber leer entre líneas.

Y pasemos ahora á su interesante retrato grafológico. Carácter firme; sentimiento del deber; orgullo y su poquitín de egoísmo. Buen criterio artístico; paciencia y tenacidad; corazón generoso; imaginación peregrina; naturaleza poco expansiva, desconfiada y rencorosa; sensibilidad moderada; carácter muy seguro; buena salud.

Lo limitado del espacio de esta sección me impide extenderme en fijar su línea de conducta futura. Su grafismo es de los más interesantes que he recibido, y yo tendría sumo gusto en recibir y contestar otra carta de usted.

**Emecege.** — Inteligencia muy viva; espíritu cultivado; bondad y ternura; generosidad; ligero decaimiento físico, debido al cansancio; rencor; lealtad; voluntad débil; conciencia muy ancha.

Respecto al consejo que me pide acerca de la carrera que debe de seguir, yo me permito aconsejarle se haga comerciante ú hombre de negocios, en los cuales tiene grandes probabilidades de triunfar. En efecto, su letra acusa prudencia, honradez y ansia de ganar dinero; cualidades que, bien cultivadas, pueden dar mucho fruto.

D. C., Paquito, Pedro Vicario, Peripatúliqui, Estanislao Z., Errante, R. A. S., Cocisfran-Sag, Vantesuneja, El Moro de Venecia, Núm. 151.204 — B., Fervor y demás señores que han escrito: se les contestará en el número próximo.

NOTA Como este **Consultorio** se anuncia en EL CUENTO SEMANAL en virtud de un contrato especial que tiene con la Empresa de dicho periódico, el Dr. Grachtner repite que «no puede» responder á ninguna carta que no venga acompañada de *dos cupones*. Ténganlo presente las personas que le escribieron sin cumplir este requisito.

## EL ARTE DE „EL TEATRO” PUBLICACIÓN QUINCENAL ILUSTRADA

DIRECTOR: E. CONTRERAS Y CAMARGO

Publica en 24 páginas de magnífico papel couché extensas informaciones de los estrenos. La moda en el Teatro. Anécdotas teatrales. Retratos y caricaturas en colores. Teatro extranjero. El Teatro en provincias.

Precios de suscripción

MADRID - Trimestre 3 ptas. - Semestre 5,50 - Año 10  
PROVINCIAS - Semestre 7 ptas. - Año 12,50 ptas  
EXTRANJERO - Año 17 ptas.



**Lara.** — La última obra de Jacinto Benavente no merece ni la frialdad con que fué recibida por el público, ni aquel suave desdén con que hablaron de ella al siguiente día de su estreno algunos periódicos. *El amor asusta* es una linda comedia que oculta bajo un ropaje frívolo, picante y chistoso, una enseñanza llena de ironía.



Clotilde Domus.

Eulalia es una viuda joven y rica á quien tres individuos tienen puesto apretado cerco de amores. Ella, con objeto de espantarles, les cita separadamente para decirles que está dispuesta á acceder á sus ruegos, mas que para ello es necesario huir de España, romper con «el presente» de una vez, crearse un porvenir distinto. Como Eulalia había previsto, dos de sus amadores, intimidados ante la magnitud novelesca de la aventura, renuncian á ella. Pero el tercero, que la quiere «de veras», acepta el lance. Y entonces Eulalia, que se había burlado de la cobardía de los otros, siente miedo á su vez, y es que *el amor asusta*...

¿Cómo negar que en el fondo de esta obrilla (cuyo principal papel bordó Clotilde Domus), vibra la afirmación desoladora, intensamente pesimista, del pavor que «todo lo grande» sugiere á las almas vulgares?

**Price.** — *El corsé de Venus*, que interpretaron muy bien Elvira Lafón, Emilio Mesejo y Ernesto Ruiz de Arana, obtuvo un éxito ambiguo, y lo calificamos así, porque habiendo sido protestada ruidosamente á las siete de la tarde (hora en que se estronó) fué muy aplaudida el mismo día á última hora de la noche.

Aunque *El corsé de Venus* es un juguete que tiene muy poco de original, realmente ni Gereda y Soler, autores del libro, ni el maestro Calleja, «padre» de la música, merecieron el descalabro sufrido, porque los chistes no faltan y algunas situaciones, de marcadísimo sabor francés, están bien observadas.



**Zarzuela.** — El estreno de *La escala de Jacob*, opereta en un acto y tres cuadros, de los Sres. Cerdá y Thous, con música del maestro Lleó, fué un fracaso; un fracaso justo que no pudieron evitar, ni siquiera suavizar, los leales esfuerzos de los actores.

Cuando este número se publique ya se habrá estrenado la pantomima *Una soirée en un Music-Hall inglés*, obra de corte originalísimo, representada por la compañía mímica que dirige el famoso mímico M. Pinaud, y de la cual tenemos noticias excelentes.

**Cómico.** — *Casta y Puro* se titula el entremés que estrenaron allí Afán de Rivera y Gil, y el maestro Foglietti.

La música es viva y alegre. En cuanto á la obra, escrita con gracia y desenfado y convenientemente defendida por las redondeces espléndidas de la Srta. Sánchez Jiménez, poco hemos de decir. Es un «lienzo verde» pintado á todo color.



### Estrenos próximos

**Español.** — El domingo por la noche se estrenará la comedia en tres actos titulada *El genio alegre*, original de los hermanos Alvarez Quintero.

**Comedia.** — La noche del mismo día en que este número se publique se verificará en el elegante teatro de D. Tirso el estreno de la comedia *Vida y dulzura*, original de Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra.

## Extranjero

Vuelve á preocupar la atención de París la obstinación con que ciertos elementos, hasta ahora triunfantes, se niegan á conceder á Mme. Sarah Bernhardt la cruz de la Legión de Honor.

El ministro M. Briand ha conversado largamente acerca de esto con la trágica incomparable.

— Inútilmente — dijo — traté de avasallar la resistencia que opone á mis deseos el Consejo de la Orden. El Consejo teme que, después de usted, otras actrices quieran también ser condecoradas; para evitar este peligro, no quiere que las ambiciosas de mañana hallen un «precedente» en que fundar sus pretensiones.

Y el excelente M. Briand añadió:

— ¿Quiere usted que la condecoremos, ya que no como artista, siquiera como «directora de teatros?»

Sarah, la divina, contestó fríamente:

— Gracias, señor ministro. Yo agradezco infinito la campaña que tan espontáneamente ha emprendido usted en favor mío; pero reconozca usted que, ó no merezco condecoración ninguna, ó si la merezco es á título, exclusivamente, de «artista dramática».

— Dice usted bien — repuso M. Briand —, y he de persistir en mi decisión hasta que el Consejo de la Orden haga á usted justicia. Quedamos, pues, en que hay una cruz reservada para usted.

Catulo Mendés dice desde las columnas de *Le Journal* que todos los elementos intelectuales de Europa deben apoyar el noble empeño del ministro de Instrucción pública. La invitación del célebre crítico ha encontrado eco. Los estudiantes de París preparan en honor de Sarah una gran manifestación.

\* \* \*

— La prensa parisina saluda, en el escenario del teatro Olimpia, la aparición de una «belleza nueva». Se llama Dora Parnes. En todas las capitales europeas su hermosura ha triunfado. Italia, patria del arte, la declaró su hija adoptiva; Bélgica, rendida por la gracilidad de su figura, la concedió en Ostende un premio de belleza; los yanquis, deslumbrados por la fastuosidad de sus joyeros, la proclamaron «Reina del diamante»; París, en fin, también la ha aclamado.

— *La monia de los ojos hermosos*, drama folletinesco de Pedro Decourcelle, sigue proporcionando al teatro Ambigu beneficios enormes. *La bella Marsellesa* produjo, durante las diez primeras representaciones, 23.904 francos; *La gran familia*, 19.187, y *Los dos pilletes*, 26.152. Pero á todos estos éxitos aventaja el alcanzado por la última obra de Decourcelle, que ha producido, en igual número de representaciones, 34.927 francos.

— M. Luis de Gramont ha terminado *L'Épave*, obra en cuatro actos que se estrenará en el teatro Odeón próximamente, y para la cual M. Xavier Leroux ha compuesto un prólogo musical.

**Una nueva «estrella».** — En el teatro de la Opera se anuncia el *début* de Mlle. Nelly Martyl, primer premio de canto del Conservatorio. Aparecerá interpretando el papel de «Thais», que ahora ensaya bajo la dirección severa del mismo Massenet.

— M. Aristides Briand, ministro de Instrucción pública y de Bellas Artes, ha manifestado ante el Consejo de Ministros las modificaciones que piensa introducir en el teatro de la Opera. Después de exponer la situación económica, artística y moral del gran templo lírico francés, manifestó su deseo de suprimir, por feos y anacrónicos, los palcos prosencios y la utilidad de colocar á la orquesta, como en Bayreuth, en un nivel inferior al del escenario. También el ministro expuso á la consideración de sus colegas las mejoras que piensa imponer al futuro director del teatro en todo lo concerniente al personal de la orquesta y del coro, de los cuerpos coreográficos y de la indumentaria.

José Blass y Cía., San Mateo 1, Madrid.

**VALE N.º 3**

para la **Consulta grafológica**

Dos cupones del mismo número dan derecho á una consulta.

# PETROLEO GAL



## PARA EL PELO

Borja C. J.



R  
6756

Gobierno de  La Rioja  
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



\*100030690\*